

LA ILUSTRACION NACIONAL

MADRID

ADMINISTRACIÓN ECHEGARAY, 34

DIRECTOR

D. Práxedes Zancada y Ruata

AÑO XXII.—Núm. 22

28 DE OCTUBRE DE 1901



LA PASIONARIA

SUMARIO

GRABADOS.—Pasionaria.—Excmo. Sr. D. Federico Ochando.—La guerra civil (dos grabados).—Los reclutas alemanes.—Un descanso en la caza.—A la grand d'Aumont.—Los sucesos de Sevilla.—Nota cómica.

TEXTO.—Crónica, por Práxedes Zancada.—Excmo. Señor D. Federico Ochando.—El enfermo y los doctores, por Juan José López-Serrano.—La guerra civil, por Antonio Gómez Plasent.—La «Guía Oficial», por el Abate Faria.—Estudios literarios, por P. Z.—Dos amores, por Mariano Marzal.—Arte poética de Horacio, por Dolores Gortázar.—Mari-Antó, por Ascensión Luque.—Notas bibliográficas.

Crónica

Días son estos de agitación y de trastornos. Se hallan todas las pasiones excitadas, todos los ánimos caldeados, todas las conciencias intranquilas. Diríase que un vértigo de locura domina á la nación. Por doquier se alza, como pavoroso espectro, la amenaza de unas colectividades contra otras, de unos intereses contra otros intereses... Nada basta á conjurar los peligros de un total desquiciamiento. Es más, diríase que con ahínco y fruición buscamos todos criminalmente el abismo en que vamos á sepultarnos, y que ya bordean nuestras plantas

Por parte de las masas, parece no haber otro sentimiento que el de la violencia, el de la agresión, la protesta tumultuaria, el atropello, el desconocimiento de las leyes, y en cambio por parte de los gobiernos, el de la represión enérgica, el de los Consejos de guerra, el de la suspensión de los derechos constitucionales... No hay armonía entre los diversos órganos del Estado español; el antagonismo los separa, el egoísmo los divide, y como consecuencia y resultado de ello, la Patria ofrece el triste cuadro de la desunión y de la discordia, como familia mal avenida, en que los hermanos se increpan, los padres se insultan, y unos y otros mutuamente se aborrecen.

Un pueblo es el rival del vecino, una clase enemiga de otra clase, la opinión desconfía eternamente de los gobiernos, y los gobiernos desconfían eternamente de la opinión. Y es lo más doloroso que ambos recelos, ambas desconfianzas son lógicas y motivadas, pues se fundan en la falta de capacidad de los gobiernos, en la falta de consistencia de la opinión. Y como remedio de estos males, como alivio y esperanza de estas tristezas, ¿qué nos ofrecen los que prometen regenerarnos, los que vociferan en los mítins? Nos ofrecen las vaguedades de lo desconocido, nos ofrecen la revolución...

¡La revolución! Tanto valdría al enfermo postrado en su lecho, débil, abatido, brindarle con los placeres de una orgía. La revolución sería un salto en las tinieblas, temeraria locura, insensatez suicida. Se pide la desaparición de una política á la que se llama miserable, que lo será verdaderamente, que deberá purgarse de sus errores y de sus infamias; pero, ¿en nombre de quién se pide eso? De turbas alborotadizas é ignorantes, sin noción del derecho, de demagogos pedestres, de fracasados y de aventureros políticos que quieren encumbrarse sobre las ruinas ensangrentadas de la Patria. Hay muchos que creen se puede llegar á hombre de Estado, sin ninguna preparación ni labor intelectual, siendo oradores de mitin, aduladores inconscientes de las pasiones populares, depredadores de la religión del Estado y escarnecedores de sus ministros, gente sin prestigios ni historia, filósofos de pacotilla, escritores del montón.

* * *

Hay que reconocer cómo no! que el impuesto de Consumos es vejatorio y gravoso para las clases menesterosas. Es cierto que, como decía Turgot, grava por necesidad artículos de alimentación que son precisos para el pobre, y que, como afirmaba Montesquieu,

merced á él, es el vino tan caro y tan malo, que no parece sino que los gobiernos quieren que el pueblo se abstenga de su uso como el Korán recomendaba.

¿Cómo dudar que la contribución de puertas encarece los comestibles, hace la vida difícil, y es, por consecuencia, causa de la miseria que aflige á las ciudades? ¿Cómo dudar de que, como decía el ilustre anciano D. Laureano Figuerola, es el impuesto de los motines? Todo esto es de evidencia suma; ¿pero es que estas cosas, fruto de las deficiencias sociales que existirán siempre, pueden remediarse con una revolución? No, y el que lo diga se equivoca lastimosamente. Las revoluciones se hacen cuando domina la tiranía, y ahora precisamente lo que hay, es exceso de libertad. Se consiente que el periódico sea un libelo y que la tribuna sea una trinchera. No hay respetos ni diques. Se insulta á la familia real, á los ministros, al Ejército, á la magistratura. Se ofende á la religión y se maltrata á la moral...

Yo soy liberal de toda mi vida; odio lo que suponga criterio de reacción y de privilegio; jamás claudicaré de mis ideas, que son la esencia de mi espíritu; pero me sonrojo y avergüenzo de que á nombre de la libertad se perpetren tales infamias y sean consentidas tan vergonzosas impudencias.

¡Insensatos! Con vuestra conducta, predicando la violencia á las masas, lleváis á la nación á la anarquía. Detrás de vosotros, de vuestros discursos apasionados, veo como Erasmo turbas siniestras de torvo ceño y de mirada esquiva, que llevan en sus manos la tea incendiaria. Los veo con horror, porque amo á la justicia y al derecho, porque quiero la libertad para mi Patria, libertad que vosotros prostituís, porque la amancebáis con el escándalo.

Tenga el Gobierno decisión para reformar y tenga el pueblo serenidad para pedir, y sobre todo miremos los españoles lo que hacemos, no sea que, á semejanza de Walter en el drama de Echegaray, tengamos en los labios la muerte de la Patria.

PRAXEDES ZANCADA.

EXCMO. SR. D. FEDERICO OCHANDO

INSPECTOR GENERAL DE LA GUARDIA CIVIL

Perseverando en nuestro propósito de dar á conocer en estas columnas los retratos y biografías de los generales que por sus méritos llegan á las altas posiciones del Estado, tenemos mucho gusto en rendir este tributo de consideración y simpatía al ilustre general Ochando, uno de nuestros oficiales generales más distinguidos, tanto por sus naturales dotes y vasta ilustración, cuanto por los eminentes servicios que ha prestado á la Patria. Si el temor de lastimar su modestia no contuviera nuestra pluma, habria de resultar insuficiente el espacio de que nos permite disponer esta Revista para describir los hechos de su vida militar y para bosquejar los rasgos de su personalidad política, que se ha destacado en el Parlamento, poniendo de relieve sus nobles sentimientos y su decisión por cuanto pudiera contribuir al bien del país y al enaltecimiento de las instituciones militares.

Terminados sus estudios en la Academia de Estado Mayor con notable aprovechamiento, y destinado á prácticas en el regimiento de Navarra, tuvo bien pronto ocasión de demostrar sus aptitudes militares con motivo del levantamiento republicano el 25 de Septiembre de 1868, en Barcelona, y después en San Celoni, donde entró al mando de una sección, haciendo 30 prisioneros, por cuyo hecho fué agraciado con el grado de capitán.

Uno de los servicios que más enaltecen al general Ochando fué el que prestó el año 73, contribuyendo poderosamente á dominar la actitud rebelde de las tropas indisciplinadas en Cataluña, viéndosele en Reus, en Manresa y en Igualada acudir con la mayor energía, y en las ocasiones de mayor riesgo, á contener los excesos de los amotinados, logrando reducirlos al orden y á la disciplina.

Hay que recordar aquellas horas tristes en que todo parecía vacilar y hundirse en España, y en que los más animosos desertaban de los puestos de peligro; para apreciar cuánta gratitud se debe á los que en aquellas horas tan aciagas cumplieron como buenos

exponiendo su vida en circunstancias tan difíciles y azarosas.

Destinado al distrito de Valencia, donde concurrió á sofocar el movimiento cantonal, recibiendo una contusión en la cabeza en uno de los choques que las tropas tuvieron con los insurrectos en las calles de Valencia, se encontró también en el sitio de Cartagena; asistió á los combates de Ares del Maeztre y Morella, á la toma de Chelva y á las acciones de Bechí, Nules, Segorbe y Domeño, operando en estas dos últimas bajo las órdenes del general Weyler, á cuya división habia sido destinado como capitán de Estado Mayor, siendo recompensado con el empleo de comandante de Ejército por su notable comportamiento en los citados hechos.

Destinado al ejército del Norte, desempeñó accidentalmente el cargo de jefe de Estado Mayor de la segunda división del tercer cuerpo, que mandaba el inolvidable general Martínez Campos, concurriendo á los combates librados los días 25, 26, 27 y 28 de Junio del 74 en Abarzuza, Montemuro y Durugarren.

En estas operaciones tuvo repetidas ocasiones de distinguirse el entonces comandante Ochando, secundando las órdenes del general Martínez Campos en aquella difícil retirada, página memorable de aquella guerra, en la que se logró que el ejército volviese á sus líneas de operaciones, conteniendo al enemigo, envalentonado después de la triste jornada en que perdió la vida el ilustre caudillo de las tropas liberales.

Todo comentario resulta pálido al lado de aquella operación, admirablemente dirigida y llevada á cabo por un puñado de soldados, que con un tesón admirable fueron sosteniendo por escalones la retirada, sin que los carlistas, á pesar de sus esfuerzos, lograsen debilitar un momento la energía de aquellos bravos, á cuyo frente se veía siempre en primera línea á su bizarro general y al comandante Ochando, mereciendo éste que su conducta fuese recompensada con el grado de teniente coronel y encarecida por Martínez Campos en el documento que copiamos á continuación:

«D. Arsenio Martínez de Campos y Antón, comandante general en comisión del tercer cuerpo de ejército del Norte,

Certifico: Que el comandante graduado capitán de Estado Mayor D. Federico Ochando Chumillas, fué destinado en el mes próximo pasado á este cuerpo de ejército en el que ha venido prestando sus servicios desde Vitoria; y según consta en la comunicación que en esta fecha dirijió al excelentísimo señor general en jefe, en el ataque de Abarzuza, el 25 del actual, yendo con la brigada al mando del brigadier Molina, fué de los primeros que entraron en el pueblo y el único que á la cabeza de un batallón del regimiento de Gerona, que daba el ataque, iba á caballo, distinguiéndose sobremanera en aquellas jornadas.

En el ataque de Murugarren, el 27, me recomendó extraordinariamente el brigadier citado á este oficial, que siempre estuvo á la altura del batallón más avanzado. Por la noche, y sabiendo que en el pueblo de Zabal habian quedado bastantes heridos, marchó solo á él, y logró salvar á veintitantos juntos, entre ellos el brigadier Molina, y recogió 200 soldados extraviados, con los cuales contuvo algunas guerrillas enemigas, y se presentó en Murillo á las cinco de la madrugada del 28, donde me encontraba cubriendo la retaguardia del ejército y organizando su retirada, en la cual este oficial continuó prestando servicios, comunicándome mis órdenes para la colocación de los escalones. Y para que conste donde convenga al interesado, expido el presente en Tafalla á 29 de Junio de 1874.—Arsenio Martínez de Campos.»

Destinado de nuevo al ejército del Centro, siguió las operaciones contra los carlistas, concurriendo á la sorpresa de Onda al encuentro de las Atalayas de Alcalá de Chisvert y Masía de Benasal, á las acciones de Aicora, Chert, Pobleta de Morel a con el general Pavia, á Teruel con Jovellar, con Martínez Campos al sitio de Cantavieja, toma del Castillo de Miravet en Cartagena, y sitio y toma de Seo de Urgel. Mereció especial mención su comportamiento al atacar un frente de Cantavieja con una sección de ingenieros en vanguardia de los cazadores de Manila, así como en los combates sostenidos en la Sierra del Cuervo y Castellcintat, frente á Seo de Urgel, y continuando en operaciones hasta la pacificación completa de Cataluña, desde donde pasó con el empleo de teniente coronel y grado de coronel al ejército del Norte, tomando parte en las acciones de Abarzuza, Elcano, Linares y Urtiaga, siguiendo en su puesto hasta llegar á aquellas últimas y penosas jornadas por las abruptas montañas del Pirineo, en que quedaron abatidas y dispersas las huestes del pretendiente, después de los combates de Peñapata, Echalar y Vera, siendo el adjunto certificado testimonio de sus relevantes servicios:

«Don Arsenio Martínez de Campos y Antón, general en jefe del ejército de la derecha.

Certifico: Que el coronel graduado, teniente coronel de Ejército y capitán del cuerpo de Estado Mayor, D. Federico Ochando y Chumillas, ha asistido desde la organización de este ejército con el Estado Mayor general, del que formaba parte, á toda la expedición del Baztán; que en las acciones de Peñapata y Vera, por expresa orden mía, prestó sus servicios con la

brigada de vanguardia, y en la primera de aquéllas en el ataque de Monte Centinela, que era la llave de la posición enemiga, condujo de mi orden un regimiento como reserva del batallón cazadores de Cataluña, que se apoderó de las trincheras carlistas, siendo recompensado por estos servicios con el empleo de coronel de Ejército, y demostrando, durante esta campaña, sus brillantes condiciones y dotes de mando en el campo de batalla. Y para que conste donde convenga al interesado, expido el presente en Madrid á 20 de Marzo de 1876.—Arsenio Martínez de Campos.»

Derrotado por completo el ejército carlista, y refugiadas en Francia sus huestes, Ochando formó parte del ejército que acompañó al Rey á su entrada en Madrid después de terminada la guerra civil.

Por el referido bosquejo que acabamos de hacer, se advierte que este distinguido jefe siguió paso á paso todos los incidentes de la guerra civil, encontrándose siempre donde las operaciones revestían mayor importancia, y en todos aquellos hechos que constituyeron las fases principales de la campaña, pudiendo seguirse en su hoja de servicios toda la historia de la guerra civil; y esta circunstancia demuestra de un modo evidente la voluntad decidida de cumplir con sus deberes militares, un gran tesón y una actividad y una energía á toda prueba que no reclamó nunca una hora de descanso en tan larga y accidentada campaña, la que terminó con el empleo de coronel.

Concluida la guerra en la Península, solicitó y obtuvo pasar á Cuba, anhelante siempre de contribuir con su esfuerzo al bien de la patria, y el 13 de Octubre del año 1876 se embarcó en Barcelona con el general Martínez Campos, llegando á la Habana el 3 de Noviembre.

Sin tomar apenas descanso salió á campaña con dicho general, acompañándole constantemente á cuantas expediciones hizo á las jurisdicciones de las comandancias generales, siendo después designado para organizar y mandar las columnas volantes que operaban á retaguardia de la línea militar de la Trocha del Júcaro á Morón, nombrándole después jefe de media brigada de la comandancia general de las Villas, y poniendo á sus órdenes cinco batallones y seis guerrillas volantes, para operar en la citada demarcación.

Al frente de la referida fuerza asistió á los combates de los Potreros, Ojo de Agua, Pozo Azul, Monte Azul, Monte Oscuro, Ciego Potrero, Piñeiro Campaña, Veguita, Juan Criollo, Trilladeras, Guayo y Hato de Iguara, mandando personalmente las tropas que se batieron con las partidas de Pancho Jiménez y Carrillo, pasando después á la jurisdicción de Santiago de Cuba, donde contribuyó, con el general Martínez Campos, á la terminación de la guerra, mereciendo ser elevado á la categoría de brigadier, y obteniendo del general en jefe el lisonjero certificado de sus servicios, que copiamos á continuación:

«Don Arsenio Martínez de Campos y Antón, Capitán general de ejército y general en jefe del de operaciones de Cuba, condecorado con la gran cruz de San Fernando, etc. etc.,

Certifico: Que durante los meses de Enero, Febrero y hasta el 30 de Marzo del corriente año, ha estado el coronel de ejército, comandante de Estado Mayor D. Federico Ochando y Chumillas, desempeñando el cargo de jefe de la media brigada de Santi-Spiritus, compuesta de los batallones de Simancas, Alcántara, Sagua, Villaclara, Puerto Príncipe y batallón guerrilla de la trocha, consiguiendo la capitulación de las fuerzas enemigas de aquella jurisdicción y de la de Remedios, y ayudándome con sus rápidas negociaciones allí para terminar las ya empezadas en el Camagüey. Desde el 25 de Marzo que tomó el mando de media brigada de la tercera de la comandancia general de Cuba, compuesta de los batallones de Talavera, Cartagena, Manzanillo, Sagua y una columna de cien caballos, hasta el 8 de Mayo que tomó el de toda la brigada, compuesta de dichos cuerpos, mas los batallones de Holguín y Chiclana y varias guerrillas locales, emprendió una tenaz persecución al Gobierno provisional insurrecto, al mayor general Antonio Maceo y al núcleo de sus fuerzas, batiéndolo con una columna de 300 hombres en tres señalados combates en los días 9, 10 y 11 de Abril en las estancias de Guayate, la Poza de Catunda y el paso de Cedrón, en el río Canto, combinando después las otras fuerzas de un modo tal, que el enemigo se vió tan hostigado, que envió parlamentarios para renovar las negociaciones y acordar la capitulación. En las conferencias sostenidas por este jefe con los miembros del Gobierno cubano y los jefes de las fuerzas, desplegó mucha habilidad y supo llevarlas á feliz término, consiguiendo que capitulasen ante él las fuerzas cubanas más aguerridas, que eran las que formaban el titulado regimiento de Santiago, las cuales en toda la campaña habían operado con dos jefes, Antonio y José Maceo.

Y para que conste donde convenga al interesado, expido el presente en el Cristo á 1 de Junio de 1878.—Arsenio Martínez de Campos.—Hay un sello que dice: Ejército de operaciones de Cuba.—Estado Mayor general».

De vuelta en la Península, desempeñó los cargos de jefe de brigada en Castilla la Nueva, secretario de la Inspección general de Carabineros, del Consejo de redenciones y enganches y del Supremo de la Guerra,

distinguiéndose en estos cargos por sus especiales dotes de laboriosidad y competencia. Once años estuvo en posesión del empleo de brigadier, siendo ascendido, por antigüedad, el año 89 á general de división, en cuyo empleo desempeñó los destinos de general de la segunda división de Castilla la Nueva, jefe de la cuarta Dirección del Ministerio de la Guerra, segundo cabo de Filipinas y gobernador militar de Madrid.

Aunque fué corta su permanencia en el archipiélago filipino, dejó allí imperecedero recuerdo de su espíritu organizador y de sus envidiables condiciones militares, que tuvieron ocasión de manifestarse al regir interinamente el Gobierno del Archipiélago, dando nuevas pruebas de sus condiciones de capacidad para el desempeño de las más elevadas funciones políticas y administrativas.

Al terminar su cometido, después de grave enfermedad, se le hizo una entusiasta y cariñosa despedida, á la que concurrieron representaciones de todas las clases sociales, y el Gobierno le dirigió el siguiente telegrama de felicitación:

«El Ministro de Ultramar: Saludo V. E. al cesar en el cargo y le felicito en nombre del Gobierno por su acertada gestión, que evidencia nuevamente sus dotes de mando.»

Sus múltiples y apreciables servicios fueron sin duda tenidos en consideración por el Gobierno, que el 22 de Enero del año 74 concedió al general Ochando el segundo entorchado, con el cual puede ya considerarse llegado casi al término de su brillante carrera militar.

No se avenía el temperamento ni la elevación de espíritu del general Ochando con disfrutar en reposo de las ventajas tan justamente obtenidas en su carrera, y sentía ansiedad por ir á compartir con sus compañeros de armas la guerra contra la insurrección separatista de Cuba, consiguiendo sus anhelos cuando

fué destinado á mandar aquel Ejército al comenzar el año 1896 el general Weyler, el cual, apreciando las grandes cualidades militares de Ochando, le propuso para el importante cargo de jefe de Estado Mayor general de aquel Ejército, y el certificado que le expidió el general en jefe, que copiamos á continuación, es el mejor comentario que podemos poner á la ardua labor realizada en tan difícil puesto:

«D. Valeriano Weyler y Nicolau, marqués de Tenerife, teniente general de los ejércitos nacionales, capitán general que fué de la isla de Cuba y en jefe de su ejército de operaciones, etc., etc.,

Certifico: Que el teniente general D. Federico Ochando y Chumillas le acompañó en su viaje á la isla de Cuba en concepto de jefe de Estado Mayor general del ejército de operaciones de dicha isla, embarcando en Cádiz el 28 de Enero de 1896, habiendo sido confirmado en el mencionado cargo por Real decreto de 12 de Febrero del propio año. Que desde el 10 de Febrero en que llegaron á la Habana tuvo á su cargo los servicios asignados por el Reglamento de campaña al jefe del Estado Mayor general, confiándole además, como misión principal, la reorganización de los cuerpos y de las columnas de operaciones, la unificación de los cuatro sistemas de armamento de que se hallaba dotado el Ejército, para facilitar el municionamiento y evitar los contratiempos que podrían sobrevenir en las tropas combatientes, la división en zonas de operaciones del territorio de las provincias de Matanzas, Habana y Pinar del Río, invadidas por el núcleo mayor de la insurrección con sus cabecillas de más prestigio; el desarrollo de los planes de campaña en cuanto se relaciona al movimiento y dirección de las tropas y combinaciones de éstas en las operaciones derivadas de aquéllas, así como las instrucciones consiguientes á los jefes de las columnas para el mejor éxito de las operaciones de guerra; la defensa de la



EXCMO. SR. D. FEDERICO OCHANDO
INSPECTOR GENERAL DE LA GUARDIA CIVIL

R. ROSALES

costa Norte y Sur de Pinar del Río, para lo cual habían de ocuparse y fortificarse los pueblos e ingenios de Cabañas, Bramales, Asunción, embarcadero de Viñales, Santa Lucía, los Arroyos de Mántua, La Fe y Cortés, así como en el interior Cayajabos, los Remates, Guane, San Juan y Martínez, y otros puntos; la reconstrucción de la vía férrea del Oeste, indispensable para el abastecimiento del Pinar del Río, con la construcción de los fortines y blo-caus necesarios para su vigilancia y defensa; la instalación de vías telegráficas, telefónicas y de torres heliográficas, y por último, la constitución de la trocha de Mariel á Majama con sus columnas de vanguardia y retaguardia, para separar las partidas que acudían al cabecilla Antonio Maceo, de los núcleos insurrectos que obedecían á Máximo Gómez. El teniente general Ochoando, en el desarrollo de cuantos asuntos quedan expresados, puso toda su voluntad, demostrando excepcionales dotes, celo e inteligencia; obteniéndose cuanto se propuso, y librándose infinidad de combates por la acertada dirección dada á las columnas y la persecución constante que sufría el enemigo; siendo de notar por su importancia para nuestras armas, las operaciones que se realizaron en las Villas, Matanzas y Habana, para evitar que Máximo Gómez llevara á cabo otra invasión á Occidente en socorro de Maceo, encerrado en Pinar del Río, objetivo que se consiguió siempre, á pesar de los esfuerzos que hacía el enemigo para lograrlo, merced á la situación y combinaciones de las columnas de operaciones, las cuales batieron y dispersaron á cuantas expediciones enemigas lo intentaron, matando al cabecilla Juan Bruno Zayas y destrozando por completo á su numerosa partida, que fué la única que consiguió llegar hasta la provincia de la Habana. Para recompensar tan distinguidos servicios, de que hago mérito, propuse al señor general Ochoando, en dos ocasiones, al Gobierno de S. M.; siéndome, por último, grato recordar en este documento, que en comunicación fecha 7 de Agosto de 1896, dirigida á este señor general, con motivo de su regreso á la Península, expresé lo extraordinariamente satisfecho que había quedado de sus servicios en el desempeño del cargo de general jefe de Estado Mayor general, facilitándome con ello y su competencia en todos los asuntos de la guerra, la difícil misión que me fué confiada en la isla de Cuba. Y para que conste, y á petición del interesado, expido el presente en Madrid á 15 de Diciembre de 1897.—Valeriano Weyler.»

Resumiendo los hechos que constituyen la vida militar del general Ochoando, no puede menos de merecer los más cumplidos elogios su hoja de servicios, pues casi todos sus empleos han sido ganados en el campo de batalla, distinguiéndose primero en la guerra contra los carlistas, republicanos y cantonales, lo mismo en los sitios de Valencia y Cartagena que en los combates de Cantavieja, Seo de Urgel, Monte Muro y Peña Plata, y en las victorias obtenidas en el departamento oriental de la Gran Antilla.

Si bajo el aspecto militar merecen los servicios del general Ochoando plácemes y consideraciones, no son menos recomendables sus hechos en el terreno político, habiendo logrado conquistarse una personalidad en el Parlamento y el aprecio y la estimación de la provincia de Albacete, que desde el año 1879 viene concediéndole sin interrupción sus votos como á su más predilecto representante.

Su palabra fácil y la sinceridad de su lenguaje y su tendencia á defender toda causa justa y razonable, han dado á su personalidad relieves de consideración y simpatía.

Apenas llegado al Parlamento, se distinguió por el entusiasmo con que sostuvo la política del general Martínez Campos en Cuba, objeto de los más duros y apasionados ataques de sus adversarios; después tomó una parte muy activa en la discusión de las reformas del general Cassola, consiguiendo más tarde verdaderos triunfos para las instituciones armadas, entre las que descuellan la ley de retenciones, hecha extensiva á los elementos civiles, que ha redimido de los horrores de la usura á tantos desgraciados; su apoyo á la ley de pensiones á las viudas de oficiales con grado de capitán, el crédito para las obras del Hospital Militar de Madrid, su defensa de las Clases pasivas y otras muy útiles reformas que con aplauso unánime tuvieron feliz acogida en el seno del Ejército y de la opinión pública.

No hay, seguramente, una sola clase del Ejército que no haya sido por él atendida y que no le haya merecido toda clase de esfuerzos para procurar la mejora de su situación. Verdad es que habiendo hecho su carrera en los campamentos, sin que su nombre haya figurado en ninguna sublevación, podía con toda autoridad defender en las Cortes las más puras ideas del deber militar cumplido, como aspiración única del soldado de la Patria.

El Cuerpo de Ingenieros no podrá olvidar su campaña en pro de la libertad profesional; la clase de sargentos, siempre defendida y amparada por él, sus tenaces campañas para mejorarla, y el Ejército en general la parte activa que ha tomado en la redacción y aprobación de las leyes dictadas con el propósito de enaltecerle, teniendo siempre su voluntad firmísima, su claro entendimiento, sus iniciativas y su entereza al servicio del Ejército y del país.

Los intereses morales y materiales de la provincia de Albacete, de la que es digno representante en Cor-

tes, son objeto de todos sus desvelos, habiendo conseguido para aquella región beneficios de importancia; y de tal modo ha sabido conciliar sus deberes con amigos y adversarios, que á pesar de la indole de las luchas políticas y de las pasiones locales, ha logrado captarse el afecto y la consideración de todos sus paisanos, habiéndole regalado, con motivo de su ascenso á teniente general, el distrito de Casas Ibáñez una magnífica espada con puño de oro; el pueblo de Tarazona, la faja de teniente general; Fuente Albilla, su pueblo natal, un sable de campaña, colocando además una lápida conmemorativa en la fachada de su casa; Riopar, un precioso caballo de bronce, y los demás distritos de la provincia una placa de oro y brillantes y un artístico álbum con más de cinco mil firmas; y la Diputación provincial dispuso, en sesión solemne, que se inscribiese su nombre en el salón de sesiones y se le declarase hijo benemérito de la provincia.

El general Ochoando se halla en posesión de las siguientes condecoraciones: Cruces de primera, segunda y tercera clase blancas y rojas del Mérito militar; encomiendas de Isabel la Católica y de Carlos III; medallas de Alfonso XII, de la guerra civil y de Cuba, con varios pasadores; cruz y placa de San Hermenegildo; grandes cruces blanca y roja del Mérito militar, y la gran cruz del Mérito militar pensionada.

Ha desempeñado las Capitanías generales de Aragón y de Andalucía, donde no se olvida su gestión política y militar.

Ultimamente ha sido confiada al general Ochoando la Inspección general de la Guardia civil, en cuyo importante cargo ha empezado ya á dar muestras de su incansable actividad, revistando las Comandancias y estudiando con prolija atención cuanto puede contribuir al perfeccionamiento de los servicios confiados al benemérito Instituto y al bienestar de sus individuos, y no dudamos que su gestión será beneficiosa al país y á las sufridas clases que cumplen una misión social tan digna y recomendable.

LA ILUSTRACIÓN NACIONAL cumple hoy con gusto el deber de rendir un tributo de consideración á los grandes servicios del general Ochoando.

EL ENFERMO Y LOS DOCTORES

(FÁBULA)

D. Inocencio sufría resignado el crónico padecimiento que desde años atrás amargaba dolorosamente los mejores momentos de su existencia. Inútilmente había tratado de hallar una panacea que curase su enfermedad, pues nunca pudo encontrar el deseado término á sus molestas dolencias.

No había celebridad médica con la cual él no hubiese consultado, ni pócima ó droga en toda la farmacopea de la cual no hubiese hecho mayor ó menor consumo. Todas las eminencias que hasta entonces le habían asistido en su enfermedad calificaban de opuesta manera su dolencia, y consideraban siempre que eran disparatados los diagnósticos de sus otros compañeros de profesión.

Ya desconfiaba D. Inocencio de todos los doctos médicos que le habían recetado, y resolvió no seguir el parecer de ninguno de ellos, empleando tan solo aquellos medicamentos que su instinto le aconsejara.

Mas «el hombre propone y Dios dispone». En efecto, se cumplió al pie de la letra la sentenciosa consecuencia de este verídico refrán, pues D. Inocencio sufrió un día tan tremendo ataque y aumento en sus dolencias, que, viendo peligraba su existencia, llamó de nuevo á su lado á todos los doctores que tiempos atrás le habían asistido.

Reuniéronse éstos en la obligada consulta, en la cual manifestaron sus distintos criterios y opiniones, que fueron tantas como era el número de los allí congregados.

Comprendiendo los *galenos* lo imposible que era el adoptar una misma resolución, y temerosos á la vez de que con tanta discutida oposición sufriera algún menoscabo el prestigio de la clase á que pertenecían, resolvieron de común acuerdo sustituirse periódicamente en la asistencia del enfermo, dictaminando y recetando según el parecer de cada cual durante el tiempo que le correspondiese á cada uno el cuidado del paciente.

Así se hizo con gran perjuicio de D. Inocencio, que perdió primero una pierna, luego la otra, después un brazo y más tarde el otro,

por haber creído necesarias estas cuatro amputaciones otros tantos de los doctores como le habían ido asistido, según el turno riguroso que acordaron en la consulta.

Durante el tiempo transcurrido presentáronse á D. Inocencio varios médicos de escasa experiencia, pero con tantos deseos de ejercer su profesión como pocos eran los años de sus prácticas, y D. Inocencio no les dió oídos, bien por temor á disgustar á los doctores que le asistían, bien porque aquellos no eran *celebridades* como estos últimos.

Con la pérdida de sus miembros D. Inocencio fué perdiendo también las energías vitales. La parte material de su sér comenzó á descomponerse, hasta que dejó de latir su corazón y exhaló el último suspiro, precursor del eterno viaje que comienza en un ataúd y termina en un sepulcro...

Fácil es de entender la moraleja. D. Inocencio es España, que padece el indiferentismo crónico hacia todo lo que no sea populachera, y que ha relegado al olvido los prudentes escritos y consejos de muchos filósofos y pensadores, á quienes sus propios méritos alejaban de toda notoriedad. Los doctores son los políticos que han venido gobernándola, y que con sus opuestos criterios han dado lugar á que las naciones extranjeras se aprovecharan para amputarla sus mejores colonias. Y que si sigue debilitándose con estas luchas de opiniones y partidos, llegará su total descomposición y terminará en el gran sepulcro de la humanidad, llamado Historia.

Para que esto no suceda, sólo existe un remedio: que los doctores ó políticos sacrifiquen sus ideas y se aunon para salvar al enfermo del peligro que le amenaza, aplicándole la pócima de una buena administración y un prudente tratamiento de sabias enseñanzas.

JUAN JOSÉ LÓPEZ-SERRANO.

Octubre, 1901.

LA GUERRA CIVIL

CUENTO ORIGINAL

En el mes de Enero de 1851 se encontraban en un pueblo de la provincia de Málaga los condes de X. Su estancia en dicho pueblo era debida al delicado estado de salud de la condesa, á quien los médicos habían indicado un clima más benigno y constante que el de Madrid, en vista de cuya indicación trasladáronse al pueblo referido, en el cual poseían varias tierras y cortijos.

Acompañaba á los condes una hermosísima joven de diecinueve años, llamada Isabel é hija de los mismos. Era ésta alta, esbelta, morena, de expresivos ojos negros y abundante y lustroso pelo del mismo color; era espléndidamente hermosa, pero no con la hermosura que delata á la mujer casta y pudorosa y hace presagiar una esposa ó madre tierna y afable, no; su hermosura era la hermosura de la voluptuosidad y del deseo.

De imaginación de fuego y de enérgico carácter, estaba subyugada á sus pasiones, pero subyugada hasta tal punto, que, bajo el efecto de ellas, era capaz de los más sublimes heroísmos ó de las más torpes determinaciones.

En la misma época se encontraba en dicho pueblo un joven catalán, apuesto y arrogante, pero hombre sin fe y sin creencias, frívolo y veleidoso, para quien no había hombre honrado ni capaz de no venderse, ni mujer honesta y recatada.

Ricardo M., que así se llamaba el catalán, conoció á la heredera de los condes, y de la manera vehemente que él sabía hacerlo, la pintó la amorosa llama que en su corazón había encendido.

Como era de esperar, hallaron eco, y eco apasionado y tumultuoso las tales declaraciones, hasta el punto que Ricardo é Isabel, en las altas horas de la noche, se veían y hablaban, separados solamente por la cancela de la casa.

Llegaron á conocimiento de los condes las ligerezas, que así las llamaron, de su hija, y reprendieronla, entre dulces y temerosos, procurando hacerla entender lo poco conveniente de tales relaciones; pero ella siguió firme y enérgica en su amoroso empeño, hasta que, pasados dos meses, desapareció del pueblo Ricardo, sin que Isabel, sumida en la mayor desespe-



ración, tuviese noticias suyas ni conservase más recuerdo que la pasión que por él sentía y unas cifras de oro enlazadas á una fecha.

Sintióse molesta á cada momento; enfermó más de cada día, y después de infinitos desvelos de sus padres que la abrumaban á cuidados y preguntas, vino un día á confesarles, entre arrogancias y sollozos, que sería madre pasados cinco meses.

El día 25 de Mayo abandonaron los condes y su hija el pueblo para viajar por el extranjero, según manifestaron; pero detuviéronse en una capital de Andalucía, y allí dejaron á su hija al cuidado de cierta discreta señora, partiendo ellos á Canarias á aguardar, transidos de pena, el alumbramiento de su hija.

Como todo, llegó á tan ansiada noticia, que decía ser un varón y haber muerto después, y los padres, alborozados y dementes, olvidaron tanta pena y amarguras como habían sufrido, no sólo por abrazar de nuevo á la que al fin era su hija, sino quizá más por creer, con la muerte del niño, borrada ya su deshonra.

Reuniéronse, después de mil precauciones, cuidados y disfraces, á su hija; y en el mes de Enero del siguiente año, entraba de nuevo Isabelita en los salones del gran mundo más esplendorosa que nunca, hecho ya su viaje de instrucción por el extranjero.

Dos meses después, era concedida la mano de la futura condesa de X á un pundonoroso oficial del Ejército, y en el de Mayo verificóse la boda con la expansión y alegría naturales, saliendo los nuevos esposos á hacer el ya entonces obligado viaje de boda.

Pasaron veinticinco años, durante los cuales el marido de Isabel, condesa ya de X, había tenido que hacerla algunas severas indicaciones, sin que ella, por cierto, se corrigiese, hasta el punto que la crónica escandalosa había murmurado al oído aventuras en que iba mezclado el nombre de la condesa.

Mandaba el marido en esa época, ó sea en el año de 1876, uno de los regimientos de nuestro Ejército, de cuyo regimiento, por necesidades del servicio, pasó á hacerse cargo de otro del de operaciones en el Norte, donde, más horrorosa que nunca, ardía la guerra civil.

Allí, como era de esperar, distinguióse el pundoroso y bravo coronel, y en una de las acciones en que gracias á un movimiento operado con las baterías de su mando, logró apagar todos los fuegos enemigos y salvar de una derrota al ejército liberal, fué ascendido al empleo inmediato y designado para el mando de una brigada en el mismo ejército del Norte.

Hácese cargo de las fuerzas á su pericia encomendadas el nuevo brigadier, y solicitó pasase á sus órdenes, en calidad de ayudante, su único hijo, que acababa de ser nombrado oficial del arma de Caballería.

Despidióse el joven de su madre la condesa, entre lágrimas, abrazos y consejos, y ésta colgó al cuello de su hijo dos magníficos escapularios que guardaba como regalo de cierto instruido y arrogante sacerdote, adscrito á una de las más aristocráticas iglesias de esta corte.

Partió al Norte el nuevo oficial llena su alma de aspiraciones y heroísmos, viéndose en sueños ensangrentado, pero desfilando ante él ejércitos que saludaban sus hazañas y proezas, y miraban bordados en su levita los laureles y las espadas de esa cruz magna y soberana que se llama Laureada de San Fernando.

Reunióse á su padre, y á los pocos días recibió orden la brigada de avanzar. Hizolo al clarear el día, y á las tres horas de marcha encontróse con el enemigo posesionado de ciertas alturas, estorbando el paso de la columna.

Destacáronse las primeras guerrillas; el fuego fué

vivo y sostenido, y á las diez de la mañana formalizóse la acción, que fué haciéndose de cada vez más empeñada por los continuos refuerzos que recibían los carlistas.

Nuestros soldados se batían con arrojo y valentía, pero los carlistas, á consecuencia de su superioridad numérica, habían envuelto el flanco izquierdo y amagaban el mismo movimiento respecto al derecho. La acción, sin un supremo esfuerzo, estaba perdida y la derrota de la brigada liberal parecía ya casi iniciada.

El brigadier sentía arder su sangre pundonorosa ante tal descalabro, casualmente la primera vez que entraba en fuego al frente de su brigada. Nervioso y decidido separó de sus ojos los gemelos de campaña, y mandó avanzar cuatro compañías que tenía en reserva, que unidas á las dos más frescas de las ya batidas, ordenó cargasen á la bayoneta; más á poco, como observase que el grueso del enemigo se replegaba sobre el centro y en terreno á propósito, mandó que la caballería cargase en columna.

No obtuvo el resultado que apetecía, y, frenético y en un momento de cólera, ordenó cargar de nuevo, y aun él mismo, sin darse cuenta de sus acciones, avanzó rápido y se puso al frente de los escuadrones, incitándoles con sus descompuestas y enérgicas voces de mando á la pelea.

Tendió la vista á las fuerzas enemigas, como para anonadarlas y satisfacer su ira con la esperanza de vencerlas, cuando de repente surgió una idea en su imaginación acalorada y volvió presto la cabeza buscando, lleno de afán, á alguien, y, efectivamente, encontróse la mirada de su hijo, que, pálido, arrogante y enérgico, le decía, agradecido: «Aquí estoy, padre mío.» ¡Solo Dios sabe lo que en aquella mirada padre é hijo se dirían! Sus labios no articularon palabra alguna; pero miráronse ambos un segundo, y los dos

extendieron el brazo, señalando con la punta de la espada al enemigo.

El choque fué rudo, horrible, estrepitoso. De aquel montón informe de hombres y caballos salían blasfemias y juramentos, ruidos horribos, crujir de aceros, chispas, relinchos, lamentos, humo...; sangre, en fin, y ayes que decían «¡Madre mía!», y voces que llamaban á Dios.

Padre é hijo peleaban juntos, atacaban y se revolvían con presteza para defenderse y salvarse uno á otro; la lucha era desesperada y llena de heroísmos sublimes.

El enemigo cedió ante aquella carga dura é imponente, y al iniciarse la desbandada, «¡A ellos, y viva el Rey!» gritó el brigadier. Arremetió de nuevo la caballería con más denuedo y pujanza, y arrolló por completo á las huestes contrarias, que, faltas ya de serenidad y cohesión, eran barridas materialmente por los caballos.

Lívido y desecajado alzóse un carlista de entre los pies de los caballos que pasaron, apuntó é hizo fuego, y el hijo del brigadier desplomóse por la grupa del caballo, diciendo: «¡Padre mío, mátale!» Disparó el brigadier su revólver y tendió de un balazo al asesino; arrojóse del caballo para recoger á su hijo, pero el bravo oficial había ya muerto, pasado el corazón por el plomo enemigo.

La tortura y desesperación del desdichado padre no tuvo límites; iba á alzar los ojos al cielo, quizá en su furor para maldecirle, cuando vió que el asesino aún respiraba y miraba aterrorizado tal escena; corrió á él descompuesto y loco, y clavó sin compasión la espada en su garganta.

Lanzó el carlista un ¡ay! ahogado como un ahullido que horrorizó al brigadier, y observó que manchada de sangre colgaba del cuello del carlista una bolsita y un trozo de metal, pendientes de un cordón; arrancólos sin darse cuenta de lo que hacía, y presa de la mayor de las angustias, contempló después el cadáver de su hijo; quedóse ante él quieto, fijo é inmóvil, y en tal situación rodaron por sus mejillas dos gruesas lágrimas, que se perdieron en su rizada y polvorienta barba, á tiempo que el toque de llamada de los bélicos clarines, cuyos ecos repetían los montes cercanos, anunciaban la victoria conseguida.

Diez días después, concedida la licencia que solicitó, entraba el brigadier en Madrid á llorar con su esposa la pérdida del hijo querido, muerto como un valiente en el campo del honor.

Llegó por fin á su casa, donde, con aspecto funeral, le aguardaban infinidad de personas y los abrazos y lágrimas de su esposa, transida de pena por el trágico fin de su hijo.

La escena fué conmovedora. Transcurrieron en silencio los primeros momentos, escuchándose solamente los sollozos de los dos esposos, que, confundidos en estrecho abrazo, dejaron rodar unidas sus lágrimas como estaban sus cabezas. Separáronse por fin, y rompiendo el silencio que reinaba, dijo el brigadier: «Peleó como un valiente, Isabel, y vino á matarle un perdido, á quien yo pasé el corazón y la garganta y arranqué del cuello esta bolsa y estas cifras que lo



atestiguan; era hijo sin duda de una perdida; era un expósito; mira—dijo a su esposa, mostrándole un papel contenido en la bolsa de badana que a guisa de escapulario llevaba pendiente del cuello el carlista.

Pálida y vacilante, espantada y loca, pasó ésta la vista por el papel y unas cifras de metal que le acompañaban, exclamando: ¡Dios mío, mis dos hijos! y cayó desplomada al suelo.

El papel decía lo siguiente: «Entregado en la Casa Cuna de la ciudad de..., el 20 de Octubre de 1851, a las siete y media de la tarde; llevaba al cuello un cordón con unas cifras de oro enlazadas a una fecha y un papel en que decía se le bautizase con el nombre de Ricardo.»

El carlista, era el hijo que, siendo soltera, tuvo en Andalucía la condesa, y que dijo a sus padres había muerto.

El hermano había matado al hermano, y a aquel le había también matado el marido de su madre.

¡Oh guerra civil, Dios quiera que no ensangrientes más el suelo de mi patria!

ANTONIO GÓMEZ PLASENT

La "Guía Oficial,"

Aproximándose la publicación de la Guía Oficial para 1902, nos parece oportuno hacer notar las personas que en ella ya no deben figurar, por haber fallecido en el presente año, y otras porque hace ya bastante tiempo que rindieron su tributo a la muerte.

- S. M. la Reina Victoria de Inglaterra.
- S. A. R. la emperatriz Federica.
- S. A. R. la infanta de España doña Luisa Teresa, condesa viuda de Altamira.

En la orden de Damas Nobles de María Luisa: doña Carmen Ozores, condesa viuda de San Juan, doña Rafaela Domínguez de Zapatero, marquesa viuda de Santa Marina, fallecida en Septiembre de 1889; la marquesa viuda de Montevirgen y San Carlos, doña Dolores Mónica y Uribe, las marquesas viudas de Sierra Bullones, Torrelavega y Villanueva de Valdeueza y la condesa de Rascón.

Mister William Mac-Kinley, D. Eugenio Vallarino Carrasco, D. Pascual Candela, D. Andrés Rebuella Valcárcel, fallecido en 1895; don Joaquín Maldonado Macanáz, D. Antonio Aranda, D. Emilio Loño, D. Pedro Antonio Torres, D. Rafael Serrano Alcázar, D. Luis Álvarez, director del Museo de Pinturas; el magistrado de la Audiencia de Madrid, señor Roudan; los marqueses de Peñas, Cullar de Baza, San Adrián Alós, Peñaflores, Castrofuerte, San Miguel de Aguayo, Casa Jiménez, Crofani, Fuentesfel, Marín, Paniega, Valmar, Villafuerte, D. José León Molina, Calle y López Martínez.

Las Marquesas de Sáncha, Mondéjar, Casapacheco y Bueno.

La condesa de Castillo Fiel.

Los condes de Pardo Bazán, Bustillo, Torreánaz, Arcenales, Canillas, Benahavis, Cates, Gomar, Guevara, Maule, Montesclaros, Torrefiel, Villapineda y Vega Grande de Guadalupe.

Vizcondes de Ayala é Irueste.

Los arzobispos de Zaragoza y Valladolid, res. Alda y Cascajares.

D. Víctor Balaguer, D. Fernando Puig, don Manuel Pasquín, D. Diego Suárez Sánchez, D. Felipe Méndez Vigo, D. Juan Facundo Riaño, el duque viudo de la Victoria, D. Cipriano Segundo Montesino, D. Basilio San Martín, D. Miguel Colmeiro, D. Jenaro Echevarría, D. Fernando Núñez Robres, D. Juan Massanet Ochando, D. Sebastián Pérez García, D. Antonio Herrero, D. Ricardo de la Huerta, D. Fernando Cárdenas Uriarte, don Francisco Baillo Castilla, D. Sebastián Abreu Serain, D. Calixto Amarelle Rodríguez, don José España Lledó, D. Lorenzo Álvarez Capra, D. Antonio Gueroira, D. Manuel Gómez Marín, D. Urbano Ferreiroa Millán, D. Francisco Delgado Martínez, D. Ramiro Martínez de Tejada, D. Agustín González del Campillo, D. Francisco Crispi, el marqués de Dos Hermanas, D. José Eugenio de Olavide, D. Olega-

rio Andrade, D. Bernardo Ulibarri, D. Manuel Ciudad, D. Santiago Alcázar, D. Francisco Luis de Retes, D. José Morgados Gili, D. Alejandro Harmsem García, D. Enrique Lassus Font, D. Miguel Castells Basols, D. José Arderius García, D. Pedro P. Gandarias, don Eleuterio Villalba, D. Joaquín Rodríguez Rivera.

Como Caballeros Maestranes de Ronda deben suprimirse al marqués de San Saturnino, fallecido en Abril de 1900, y al barón del Sarcro Lirio, fallecido en Julio de 1895.

Como Caballero Maestrante de Zaragoza, debe suprimirse al marqués de Hoyos, fallecido en la primavera de 1900.

D. Luis Tró Moxó, D. Enrique Simancas Lasse, D. Enrique Medina Pulido, D. Francisco Rondán de la Cruz, D. Ceferino Gutiérrez Alonso, D. Eduardo March Llopis, D. Antonio Ziriza Sánchez, D. Ernesto Aguirre Benango, D. Francisco Castilla Parreño, D. Pablo

González Corral, D. José Sanchíz Castillo, don Enrique Puigmoltó Mayans, el Conde viudo de Casillas de Velasco, D. Vicente Montojo Trillo, D. Pedro Aguirre y Sáenz de Juano, D. Federico Botella Hornos, D. Eduardo León y Llerena, D. Pedro Sotolongo, el Marqués de Vistabella.

En la Orden militar de Calatrava, a D. Gonzalo de la Pezuela y Ayala, el Marqués de Benalúa, D. Joaquín Aranda Pery, D. Alberto Bosch Fusteguerras, el Duque de Almodóvar del Valle, D. Vicente Romero Girón, D. Luis Vidart Schuch, D. Manuel Egozcue, D. Francisco Merry y Colom, D. Luis Pastor y Landerro, D. Wenceslao Martínez, D. Manuel Bahamonde García, D. Santiago Angulo, don Francisco Javier Caro y Cárdenas, D. Sebastián López de Castro, D. Gonzalo Quintero, D. Francisco de la Pisa Pajares, D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, D. Enrique Suen-der, el Conde de Benomar, D. Pedro Reyes

Romero, D. Ramón de Campoamor, D. Jacinto Orellana, D. Juan Aguilar Alvarado, don Manuel Sáinz de la Maza, el Marqués de San Joaquín, el Conde de la Quintería y el Marqués de Montoliú.

EL ABATE FARIA.

Estudios literarios

LAS NOVELAS EJEMPLARES DE CERVANTES

(CONTINUACIÓN)

«Nosotros guardamos rigurosa é inviolablemente la ley de la amistad; ninguno solicita la prenda que es de otro; libres vivimos de la amarga pestilencia de los celos; entre nosotros, aunque hay muchos incestos, no hay ningún adulterio, y cuando lo hay en la mujer propia ó alguna bel aqueria en la amiga, no vamos a la justicia a pedir castigo; nosotros somos los jueces y los verdugos de nuestras esposas y ami-

gas. Con la misma facilidad las matamos y las enterramos por las montañas y desiertos como si fueran animales nocivos; no hay parente que las venga ni padre que nos pida su muerte. Con este temor y miedo, ellas procuran ser castas y nosotros (como ya he dicho) vivimos seguros.»

Pocas cosas tenemos que no sean comunes a todos, excepto la mujer ó la amiga, que queremos que cada una sea del que le cupo en suerte; sobre todo otros así hace divorcio la vejez como la muerte; el que quiere puede dejar la mujer vieja como él sea mozo, y escoger otra que corresponda al gusto de sus años; con éstas y con otras leyes é estatutos, nos conservamos y vivimos alegres; somos señores de los campos, de los sembrados, de los montes, de las fuentes y de los ríos. Los montes nos ofrecen leña de balde, los árboles fruta; las viñas uvas, las huertas hortalizas, las fuentes agua, los ríos peces y los vedados caza; sombra las peñas, aire fresco las quebras y casas las cuevas. Para nosotros, las inclinencias del cielo son orens, refrigerio las nieves, baños las lluvias, música los truenos y hachas los relámpagos. Para nosotros son los duros terrones colchones de plumas, el cuero curtido de nuestros cuerpos nos sirve de arnés impenetrable que nos defiende; á nuestra ligereza no la impiden grillos, ni la detienen barreras, ni la con-



PARTIDA DE LOS RECLUTAS EN ALEMANIA

trastan paredes; á nuestro ánimo no le tuercen cordeles, ni le mosenaban garrachas, ni le ahogan tocacos, ni le domnan potros; del sí al no no hacemos diferencia cuando nos conviene; siempre nos preciamos más de mártires que de confesores; para nosotros se crían las bestias de carga en los campos y se cortan las faltriqueras en las ciudades; no hay águila ni ninguna otra ave de rapaña que más presto se abalance á la presa que se le ofrece, que nosotros nos ablanzamos á las ocasiones que algún interés nos señalan; y finalmente, tenemos muchas habi idades que feice fin nos prometen, porque en la cárcel cantamos, en el potro callamos; de día trabajamos y de noche hurtamos; ó por mejor decir, avisamos que nadie viva descuidado de mirar dónde pone su hacienda. No nos fatiga el temor de perder la honra, ni nos desvela la ambición de acrecentarla; ni sustentamos bandos, ni mudragamos á dar memoriales ó acompañar magnates, ni á solicitar favores; por dorados techos y suntuosos estimamos estas barracas y muebles ranchos; por cuadros y países de Flandes los que nos da la naturaleza en esos levantados riscos y nevadas peñas, tendidos prados y espesos bosques, que á cada paso á los ojos se nos muestran.

Somos astrólogos rústicos, porque casi siempre dormimos al cielo descubierta; á todas horas sabemos las que son de día y las que son de noche; vemos cómo arrinconan y barre la aurora las estrellas del cielo, y cómo ella sale con su compañera el alba, alegrando el aire, enfriando el agua y humedeciendo las tierras; y luego tras ella el sol dorando cumbres (como dijo el otro poeta) y rizando montes; ni tenemos quedar helados por su ausencia cuando nos hierve al soslayo con sus rayos, ni quedar abrasados cuando con ellos perpendicularmente nos toca. Un mismo rostro hacemos al sol que al hielo, á la esterilidad que á la abundancia; en conclusión, somos gente que vivimos por nuestra industria y pico, y sin entrometernos con el antiguo refrán iglesia, mar ó casa real, tenemos lo que queremos, pues nos contentamos con lo que tenemos.

Como se ve, esta descripción es bellísima y de lo más acabado que Cervantes produjera. Sigamos nuestro interrumpido relato: Andrés Caballero (que este nombre se había puesto D. Juan de Cárcamo en su nuevo género de vida) si no progresaba en el arte de robar, á pesar de las lecciones de truhanería que le dan los tunos de su rancho, pues á estas enseñanzas era opuesto lo hidalgo de su linaje, progresaba, en cambio, en el corazón de Preciosa, con la que sostenía honestas pláticas y coloquios, en los que ella se iba aficionando á la condición de su galán, que era de excelentes prendas, y Preciosa de alma tierna y asequible á las inefables emociones de un amor sincero.

El sentimiento de Preciosa es del estímulo de la propia estimación, y ese elevado decoro de la dignidad personal, cuya posesión realza á los pobres y desvalidos, y cuya carestía deprime á los poderosos y encumbrados. Por eso dice entre otros versos:

«La que es más humilde planta si la subida endereza, por gracia ó naturaleza á los cielos se levanta.»

Si las almas son iguales, podrá la de un labrador igualarse por valor con las que son imperiales.»

Nótase que tanto en esta como en otras composiciones poéticas que se insertan en «La Gitanilla», no aparece Cervantes desleído ó incorrecto, como en otras muchas que escribiera, sobre todo cuando aún no habla traspuesto los linderos de la juventud, y si bien hay gran diferencia de su prosa á los versos, y aquella frase del librero Juan de Villarroel era de gran verdad; los que se leen en las novelas, y en especial en ésta, son agradables, y es que sin duda los castigaba, aderezaba y pulía con cuidadoso esmero antes de publicarlos, que no en balde dijo el mismo en su «Viaje al Parnaso»:

«Yo, que siempre trabajo y me desvelo por parecer que tengo de poeta la gracia que no quiso darme el cielo.»

Y hecha esta observación volvamos á Preciosa y á su amante Andrés. Al llegar éstos y los demás gitanos á un lugar de la jurisdicción de Murcia, se alojan en casa de una viuda rica; la que tenía una hija de diez y siete á diez y ocho años, más desvenuelta que hermosa, y encaprichóse de Andrés tan fuertemente que decidió tomarle por marido, á cuyo efecto se le propuso; mas viendo la repulsa de éste, y que determinaba partirse del pueblo con sus compañeros, resolvió la Carducha, que así era llamada la antojadiza joven, obligarle á quedarse por fuerza, ya que de buen grado rehúsaba, y para el logro de sus malvados propósitos, entre las alhajas de Andrés puso unos ricos corales, y dos patenas de plata, con otros bríncos suyos, y acusando luego de ladrones á los huéspedes, dieron con las joyas en el envoltorio del apuesto gitano, robo que sin dificultad fué creído por la gran fama de ladrones que los gitanos tenían y tienen, pues se transmite, perdurando perenne á través de los siglos. Como todos insultaran á Andrés, y un soldado, sobrino del alcal-

de, se propasara á darle un bofetón, acordóse de que «no era Andrés Caballero, sino D. Juan, y caballero, y con la misma espada del ofensor le dió la muerte. No era sin duda el alcalde tan expeditivo como el de Zalamea, y se contentó con ponerle preso y remitirle á Murcia para que le juzgasen por su delito. Enterada la señora corregidora de la belleza de Preciosa, que también iba como presa, quiso verla, y la vieja que criara á Preciosa la enseña unos *díjes pueriles*, y con esto y otros indicios y señales, mas la confesión de la fingida abuela, viene en conocimiento de que la gitaniña era su hija Constanza, robada en la infancia por la taimada gitana. El desenlace puede adivinarse. Se descubre que Andrés Caballero es persona principal; todo es contento y alegría, al alcalde le dan 2.000 ducados para que perdone á D. Juan, y con las felices bodas de éste con Constanza termina la «Gitaniña».

Abrillanta también esta novela una famosa descripción de la poesía, en tan alto concepto tenida por Cervantes, que dijo de ella aquellos versos:

«Puede ninguna ciencia compararse
con esta universal de la poesía
que límites no tiene al encerrarse.»

Muchas producciones se han inspirado en la que someramente hemos bosquejado. Antonio Solís, el historiador de la «Conquista de Nueva España», ingenio que floreció en el siglo XVII, dotado de gran talento dramático, y que escribió muy lindas comedias de diversos géneros y estilos, como «El amor al uso», «El Alcázar del Secreto», «Las Amazonas», «Un bobo hace ciento» y otras varias, fué también el autor de «La Gitaniña de Madrid», tomada de la novela de Cervantes, cuyo asunto había ya trasladado á la escena el doctor Juan Pérez de Montalván, y por esto en las notas de la

obra de Ticknor, «Historia de la Literatura Española», la más completa de cuantas se han escrito—se dice que más que de la novela de Cervantes, la comedia á que hacemos referencia está inspirada en otra de Montalván, el más predilecto de los discípulos de Lope de Vega, y escritor muy distinguido, si bien adolenciendo del defecto de ser esforzado paladín del culteranismo, que tan en boga se puso entonces sostenido por nuestros talentos desbordados del sosegado y plácido cauce de la naturalidad.

Dicen algunos críticos que la producción de Montalván es de mérito igual ó superior á la de Solís. No nos incumbe aquí discutir este aserto; nosotros optamos por la del último, si bien tanto una como otra valen menos que la novela de Cervantes, no pudiendo aplicarse aquí el aforismo latino de que *Furto lætatur in ipso*, pues en nada resulta embellecida la fábula, y el pensamiento se desarrolla de muy análoga manera en *La gitaniña de Madrid* que en *La gitaniña*, de Cervantes, si bien con los incidentes de suponer que don Juan tenía una prima con quien querían casarle, y se vale de un amigo, D. Enrique, para que se haga pasar por él, dando este cambio de nombres margen á graciosos *quid pro quos*. Los versos en que describe Preciosa, en la jornada tercera, la vida de los gitanos, abundan en gracia y fluidez, aunque no respiran el ameno encanto de la prosa de Cervantes, y, en general, la comedia es interesante y entretenida.

También se notan tendencias á imitar *La gitaniña* en el *Estudiante español*, del profesor Longfellow, en una agradable comedia del alemán P. A. Wolf, titulada *Preciosa*, y en *La gitana española*, de Rowley y Midleton.

Tanto en la excelente obra de los Sres. Revilla y Alcántara, *Principios de literatura é historia de la literatura española*, como en las notas puestas á la traducción

del libro de Sismondi de Sismonde por los señores Lorenzo Figueroa y Amador de los Ríos (ya citados anteriormente), se lee que asimismo se inspiró en *La gitaniña* el genio de Víctor Hugo al moldear las formas plásticas y los poéticos relieves y realces de la inmortal *Esmeralda* en *Notre Dame de Paris*. M. E. Baret ha hecho un meditado y concienzudo estudio sobre esta cuestión.

Después de las palabras de Montesquieu, de que en España no había más que un libro bueno (*El Quijote*), que había arrinconado á todos los demás, fué rápidamente olvidándose por completo en Francia la literatura española. Víctor Hugo, que había vivido en nuestra patria durante los tiernos años de su niñez, poseía la lengua castellana, y en sus primeras obras sobre todo, se nota la influencia que en él ejercía el estudio detenido y el examen minucioso de nuestros clásicos.

Consideraciones atinadas hace M. Baret sobre el nombre de la heroína de *Notre Dame de Paris* para deducir que está sacado de la novela de Cervantes; y á sus argumentos y lógicas deducciones, de una precisión exacta, podemos añadir el pasaje en que doña Clara, la mujer del teniente de la villa, alabando la hermosura y ponderando una por una las perfecciones de Preciosa, dice entre otros elogios: «¡Estos sí que son ojos de esmeraldas!»

Baret, que trata con sobrada dureza á Víctor Hugo, hace notar que mientras la Gitaniña es un sér verdadero que sacó Cervantes de la realidad, Esmeralda es una concepción fantástica é ideal, por lo que parece, más que una gitana de Jerez, una bohemía de ópera cómica, ó una de esas figuras indeterminadas de las baladas alemanas. No se explica el crítico francés cómo aquella apariencia ideal, que á su juicio procede menos del cuerpo que del espíritu, más del alma y del carácter que de sus formas físicas, se concilie tan mal con los actos y la conducta de la heroína, pues pasando por alto el amor, bastante inexplicable, de Esmeralda hacia un sér tan vulgar como el capitán Febo, y aun admitiendo que el autor quisiera producir con esto un efecto de contraste, para dar mayor realce á la figura de Esmeralda, no se concilia, según E. Baret, esa pureza, cuyo símbolo es el puñal afilado que lleva en su pecho la joven gitana, con la caída de su virtud en casa de la Falourdel. «¡Cómo hermanar— exclama—lo ideal con lo vulgar, el ángel y la mujer de las calles!»

Convengamos con M. Baret en que para sobrenatural faltaban á Esmeralda bastantes condiciones; pero nos parece también que se excede en la censura, y que si es cierto que juzgamos más real y verdadero el carácter de la Gitaniña, apartándose su desenlace de los sombríos tintes melodramáticos que espeluznan y aterrorizan, siendo también más lógico, como opinan los traductores de M. Sismondi, no es menos cierto que *Notre Dame de Paris* abunda en descripciones de esplendorosa magnificencia, que hay caracteres admirablemente dibujados que debe serle permitido al escritor poner algo ó mucho de su imaginación y fantasía creadora, pues no creemos tenga que constreñirse á los genios, á copiar servilmente la realidad; y finalmente, que así como han pasado á la posteridad los nombres de Otelo y Desdémón, inmortalizados por Shakespeare, pasarán también los de Esmeralda y Quasimodo, la hermosa é infeliz gitana y el sér deformado que bajo la fealdad de su monstruosa figura contrahecha, encierra tesoros de amor y veneros de ternura, semejando á antro inmundo que guardase en su seno estalagmitas brillantes... ó como la concha incolora que lleva en su seno la perla nacarada...

P. Z.

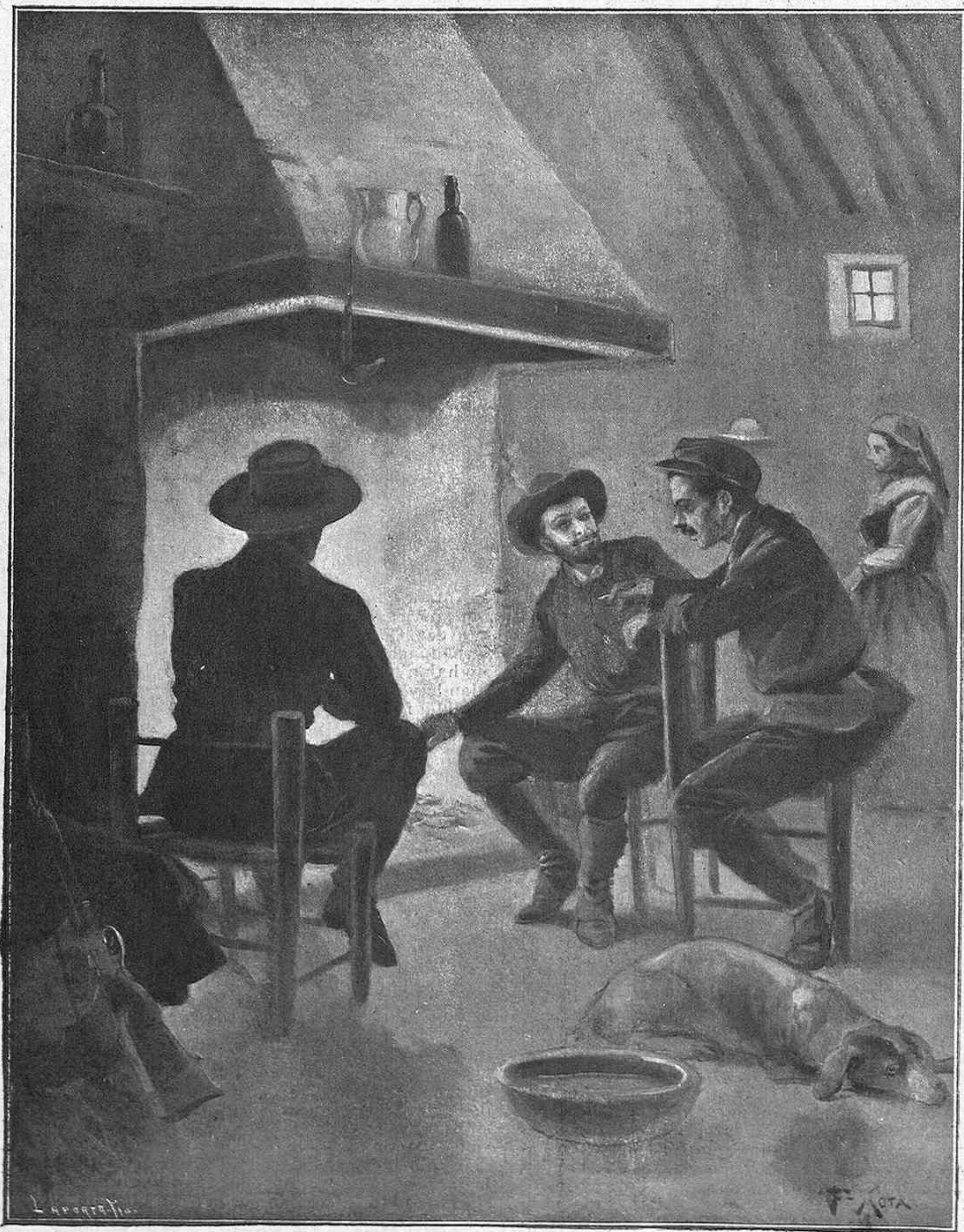
(Se continuará.)

MARI-ANTO

Quiero contároslo, nos dijo el barón Burdet riendo, solo que os prevengo que la cosa es un poco atrevida, y que delante de estas señoras... En fin, lo intentaré, lo intentaré, y si se me fuese la lengua, avisadme.

Vedme, como os decía, consejero de la prefectura de Ajaccio. Llegué á mi puesto un poco perturbado.

Era mi debut en la Administración; después la travesía de quince horas de mar muy dura, el aspecto siniestro de aquella isla italiana con sus rocas rojizas y sus remolinos de espuma, y flotando sobre todo esto, dos ó tres historias de bandidos y de venganzas que me habían contado á bordo; en suma, que me sentía mal impresionado al desembarcar. Lo que oí en la prefectura acabó de desconcertarme. Aunque estaba sólo conmigo en su gabinete el prefecto, me habló todo el tiempo en voz baja y con aire inquieto: «Sobre todo sed prudente, joven. Hacéis vuestro debut en un país terriblemente peligroso. Las gentes son susceptibles, desconfiadas, vengativas. Si las puñaladas y los tiros son un poco más raros que



UN DESCANSO EN LA CACERÍA

antes, en revancha las delaciones y los anónimos abundan. No tengáis cuestioncillas con nadie. Aquí no hay nada que no tenga importancia... Reñís con un pescador de sardinas, ¡bueno!; pues es un primo del Sr. Bacciochi, y ya tenéis sobre las espaldas á todo el imperio. (Entiéndase que esto pasaba bajo el imperio) ¡Mirad! ¿Veis aquel jardinero que se dispone á regar mis yucas fumando su gran pipa de tierra roja? Pues bien, es el marido de la nodriza del ministro del Interior! Ya os figuraréis si le considero. Así, mi querido consejero, ya estáis prevenido ¡Mirad bien dónde ponéis los pies!» Salí de la prefectura más frío que entré. Una vez fuera, lo pintoresco de la calle, los limoneros en flor, el sol, el mar, aquel alto cielo color turquesa y todas aquellas lindas cigarreras que trabajaban delante de sus puertas riéndose de los paseantes, desaparecieron pronto aquella desagradable impresión.

Mi instalación fué bastante difícil. Quería en absoluto tener ventanas al mar, y en Ajaccio, por no sé qué capricho, casi todas las casas le volvían la espalda. Acabé por descubrir al final de la ciudad, en casa de una viuda Perrini, dos grandes habitaciones amuebladas que tenían vistas al golfo, con su maravilloso horizonte de rocas, agua y verdura.

Aparte del paisaje, el sitio carecía de atractivo. Para llegar á mi casa, había que pasar un muelle melancólico y desierto, sin parapetos ni reverberos y con un gran abrevadero, en el que los carreteros llevaban á beber á los animales.

Por la noche, cuando yo volvía del círculo, me era necesario buscar mi casa á tientas, entre juramentos, latigazos y coces de las mulas. ¡Y qué casa! Una gran barraca pintada de verde, á la italiana, alta, fría, con el piso de piedra. Tenía el silencio y la sonoridad de un viejo convento, y para acabar de entristecer el cuadro, la eterna señora Perrini, á la que se encontraba siempre en la escalera, rezando pegada á los muros como una sombra, con su largo velo de viuda Corsa... Y felizmente que tenía á mi vecina Mari-Anto.

Aquella Mari-Anto era la mujer de un muletero de la isla Roya, casi siempre de viaje. Habitaba en el mismo piso que yo. No era bonita precisamente, pero era joven, esbelta, garbosa, con ojos verdes que miraban con aire malicioso; la boca como una granada, y aquí y allá, á pesar del velo que á usanza árabe la ocultaba parte del rostro, se veía ese color vivo que deja el sol en los cutis muy blancos.

Con su cántaro de barro sobre la cabeza ó bien con un gran cesto de panecillos, corría y reía, el busto echado hacia adelante, la falda ceñida á las caderas y de todas las puertas la llamaban: «¡Mari-Anto! ¡Eh, Mari-Anto!»

Mari-Anto y yo éramos muy buenos amigos. Pensaréis tal vez que yo no guardaba mi puesto; pero ya sabéis, la vecindad... y después las relaciones son tan difíciles allí para un joven...

Mi prefecto me había prevenido. Hay en Córcega muchas señoritas casaderas, todas muy bonitas, muy bonitas, pero sin fortuna. Así es que cuando llega un francés, lo que el pueblo llama un pinsuto (un puntiagudo) y la burguesía un continental, toda la isla está en conmoción. Los ojos negros se encienden, las invitaciones llueven. En los grandes salones se limpian los antiguos espejos, se quitan las fundas de las sillerías y de los pianos, y un hermoso día el pinsuto se encuentra casado con la octava señorita de un empleado en la alcaldía, con 1.200 francos de sueldo. Estas consideraciones me impedían frecuentar la sociedad. Además, había contraído fiebres desde mi llegada y salía poco de casa.

Una día que estaba yo tiritando al lado del fuego, ví entrar á mi vecina, que me traía un



A LA GRAND'D'AUMONT

vaso de limonada. Lo puso sobre la chimenea, y me dijo: «Tisana... es bueno para el estómago». Era la primera vez que nos hablábamos. Yo hubiera querido retenerla; pero la voz bronca del marido vino á interrumpirnos. ¡Eh, Mari-Anto! Y Mari-Anto escapó, rozándose con sus faldas al salir.

Yo no sé lo que puso en la limonada; lo cierto es que la fiebre se cortó, pero me atacó otra peor.

Algunas veces me reía solo pensando en mi vecina.

En medio de los trabajos más graves, en pleno consejo de prefectura, creía sentir en mis cabellos y en mi barba el roce de su falda. Pasaba el tiempo en la ventana ó en la escalera. Hacía positivamente la corte á aquella Mari-Anto; pero ella no se apercebía de nada.

Es preciso decir también que yo iba con prudencia, porque desconfiaba del marido, un gran mocetón, que había entrevisto dos veces, más alto y más gordo que yo, sin contar cinco ó seis colosos de cuñados que venían á comer todos los domingos, afeitados, de nariz romana, cuellos de ternero y con una cabellera tan rizada como el astracán. ¡Hombres terribles! La escalera temblaba cuando ellos subían.

Sin embargo, una vez que todos estaban de viaje me decidí á entrar en casa de Mari-Anto.

No parecía sorprendida de verme. Me senté á su lado y la pregunté dónde estaba su marido.

Por la ventana abierta me mostró la montaña en la otra orilla del Golfo, enviando un beso hacia aquel lado. Esto no era para darme ánimos; pero, sin embargo, me lancé, y con una voz llena de emoción la dije: «¡Oh, que mi piace, Mari-Anto!...» Súbitamente retiró la manita, seca y morena, que yo la había tomado, y corrió á un cofre que había allí, lo abrió y vino hacia mí con un gran cuchillo triangular. ¡Cotello del marido!...

Se lo hice repetir dos veces. Era sin duda el cuchillo del marido. Parece que aquel muletero era muy celoso, y que cuando hacían la corte á su mujer... Y con mirada terrible, manejando de abajo arriba la ancha hoja, mi ángel hacía el movimiento de herirme. Hice que tomaba la cosa á risa; pero en el fondo estaba

muy impresionado, y aquel día no nos hablamos más. En algún tiempo no hice caso de mi vecina. Buenos días y buenos días cuando nos encontrábamos en la escalera.

Una noche de Carnaval volvía yo á mi casa temprano, porque no había encontrado á nadie en el círculo. Toda la ciudad era un completo Carnaval. Por las calles se encontraban bandadas de máscaras que iban de una casa á otra para dar broma. Aquella noche, en efecto, los salones de Ajaccio quedaban abiertos hasta la mañana y entraba todo el que quería. En el muelle, al borde del agua, los granujillas se perseguían con no sé qué canción de rana misteriosa y melancólica. «¡O Ragani! O cho dotto...» (¡Oh Ragani! oh señor doctor).

Yo me encontraba en un país extraño, bien lejos, bien solo. De pronto, levanto la cabeza y veo luz en la ventana de mi cuarto. Subo deprisa, y ¿qué es lo que veo? Instalado en mi mejor butaca á un pequeño consejero de la prefectura vestido de frac y con *claque*. Era Mari-Anto, que en mi ausencia había saqueado mis armarios y venía á celebrar el Carnaval en mi cuarto. Al principio creí deber tomar un aspecto digno. ¡Imagináos si mi Prefecto hubiese visto aquello!... Pero qué diablo, ¡estaba tan encantadora vestida de consejero aquella muleterita!...

Todo le estaba estallando: el pantalón bordado y el chaleco blanco. Sin decirme nada, me cogió de la mano y me llevó á su cuarto... ¡Oh! tranquilícense ustedes, señoras; pueden escuchar hasta el final. Apenas entramos, la extraña criatura me hizo señas de que la esperase, y pasando vivamente á su alcoba, salió un minuto después con una gran muñeca, hecha con una almohada y vestida con sus ropas.

—Esto es Mari-Anto—me dijo riendo.— Yo soy el pinsuto. Ahora va á venir mi marido, y encontrará al pinsuto con Mari-Anto. Ya veremos qué es lo que dirá.

Luego sentó su gran muñeca sobre las rodillas y se puso á abrazarla cómicamente, imitando mi acento y mi entonación: «¡Oh, que mi piace, Mari-Anto!» Y reía, reía. Yo no me reía, lo confieso. Me parecía que, como broma

de Carnaval, habría podido inventar otra cosa, pero no tuve tiempo de decirselo. La puerta del portal acababa de abrirse. Pesados pasos hacían crujir la escalera. «¡Mi marido! Salváos», me dijo Mari-Anto apagando su luz, y en el cuarto, á oscuras, no quedó más que un pequeño consejero de la prefectura, teniendo en sus brazos á Mari-Anto. La luna iluminaba este interesante grupo.

Cuando entré en mi casa, arrimé el oído á la pared.

Se quedó así, sin moverse, hasta el momento en que los as'ros palidieron, forzados por el día que aparecía. Yo la miraba dormir, un poco turbado en el fondo de mi ser, pero santamente protegido por aquella clara noche, que no me ha dado nunca más que bellos pensamientos

Alrededor nuestro, las estrellas continuaban

su marcha silenciosa, dóciles como un gran rebaño, y por momentos se me figuraba que una de aquellas estrellas, la más fina, la más brillante, habiendo perdido su ruta, había venido á posarse sobre mi hombro para dormir.

ASCENSIÓN LUQUE.

Arte poética de Horacio

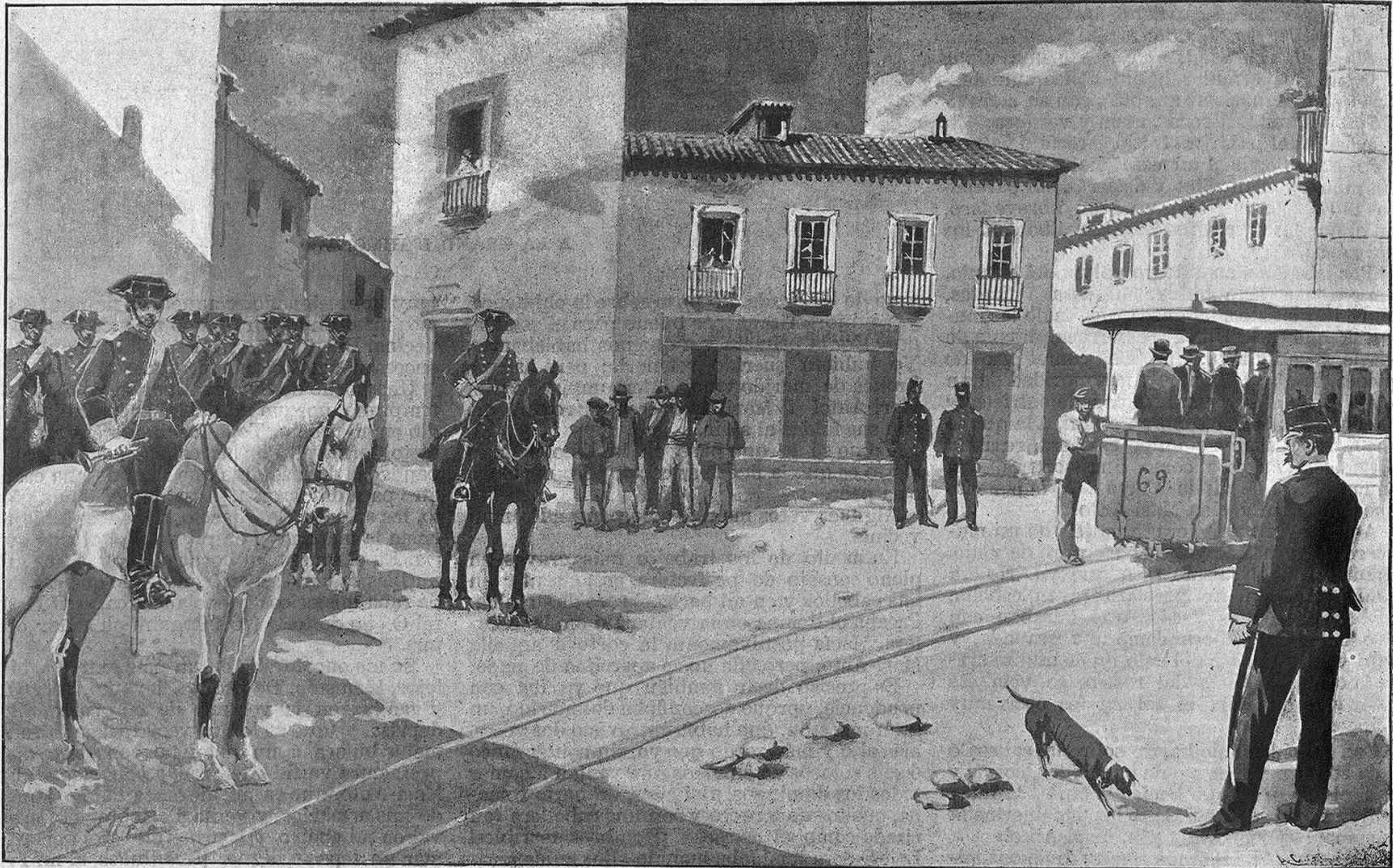
Traducción premiada que se acaba de publicar.

(FRAGMENTO)

Oye, autor, lo que exigimos el público y yo de ti, si deseas, como así con razón lo presumimos, que aplauda el espectador tus obras, que esté sentado hasta que el telón bajado,

palmadas pida al autor (1). Con cuidado observarás temperamentos y edades, costumbres y cualidades, y escrupuloso darás á cada edad (desigual con los años) conveniente carácter, especialmente al genio de cada cual. El niño que balbucea alguna frase que ha oído, y asentar su pie ha podido en el suelo, ya desea el jugar con sus iguales y cuanto ve se le antoja, y sin motivo se enoja, ó por causas bien triviales á cada instante varía. Libre del ayo se ve, bullicioso joven que, es imberbe todavía, cifra todo su placer

(1) El cantor era una persona del coro, que concluida la representación, decía al público: «Plaudite abite.»



LOS ULTIMOS SUCESOS DE SEVILLA.—UNA PATRULLA DE LA GUARDIA CIVIL

en caza, potros y perros, subir á los altos cerros y por el monte correr; es blando como la cera para el vicio, y huye lejos de aquel que le da consejos sabios, y con él se altera. Del bien previsor tardío, es pródigo del dinero, antojadizo, altanero, á impulso de su albedrío veleidoso marcha ciego; lo que ayer amó, aborrece; lo que no quiso, apetece, y vedle andar sin sosiego. Múdase la inclinación con el estudio y la edad, y el hombre en virilidad piensa en buscar posición; riquezas, empleo, honores y amigos tener anhela, precavido se desvela por no incurrir en errores. Mucho afán, muchos disgustos

afligen á la vejez, ya porque anhela tal vez riquezas, y no sin sustos, ó porque después de hablarlas el miserable avariento, las guarda y le falta aliento para ver de utilizarlas, y calcula con frialdad y de todos desconfía, dilata para otro día de obrar la oportunidad que espera más adelante; tímido y flojo en la acción, se complace en la ilusión de un porvenir más brillante. Lleno de dificultades, quejoso, de mal humor, es perpetuo elogiador de las pasadas edades. Sus juveniles retozos refiere frecuentemente; es censor de lo presente y martillo de los mozos. Ventajas nos dan los años

á medida que crecemos, y después que decaemos en la edad, son más los daños. En esta lección mirad al repartir el papel, dando á cada uno aquel que corresponda á su edad.

— DOLORES GORTÁZAR SERANTES.

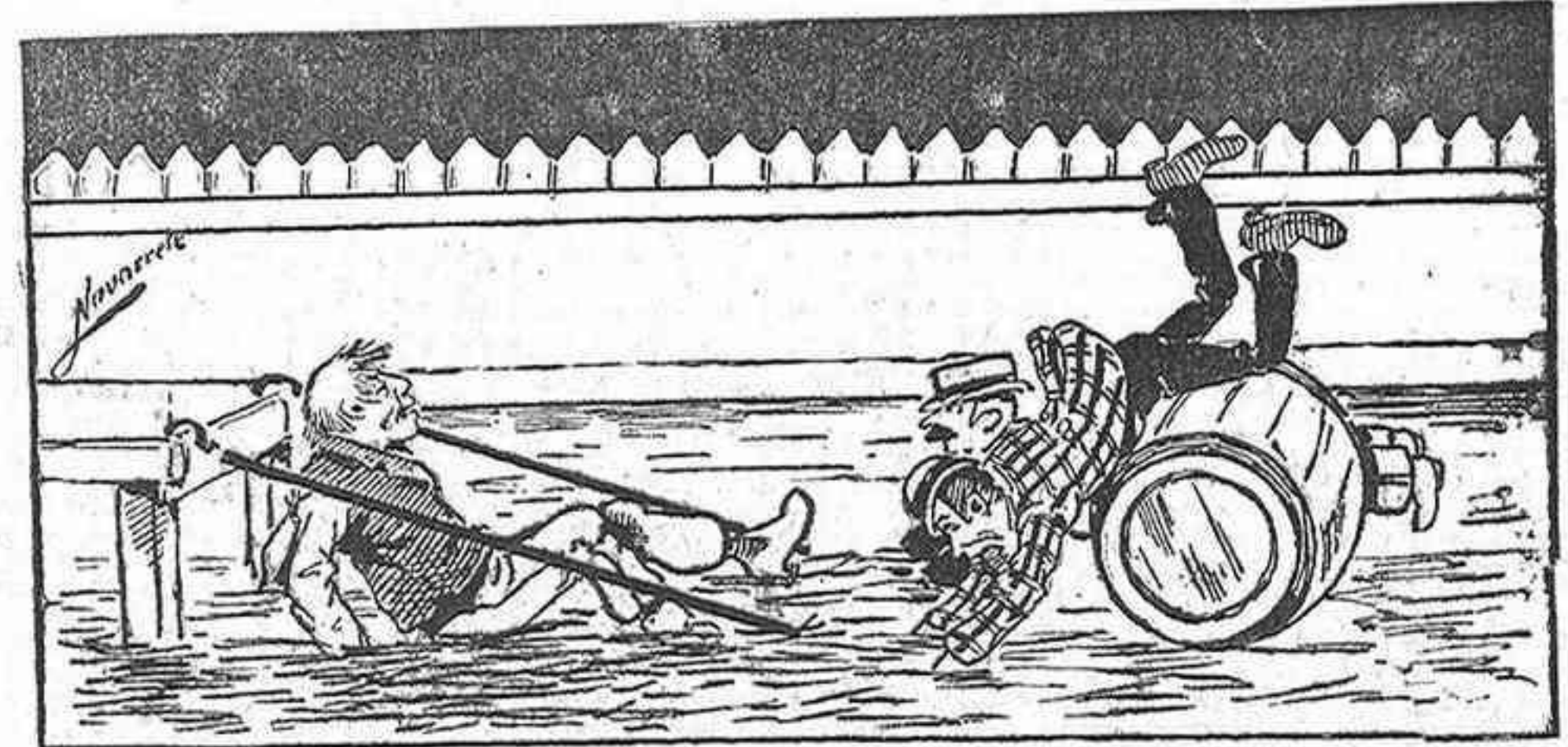
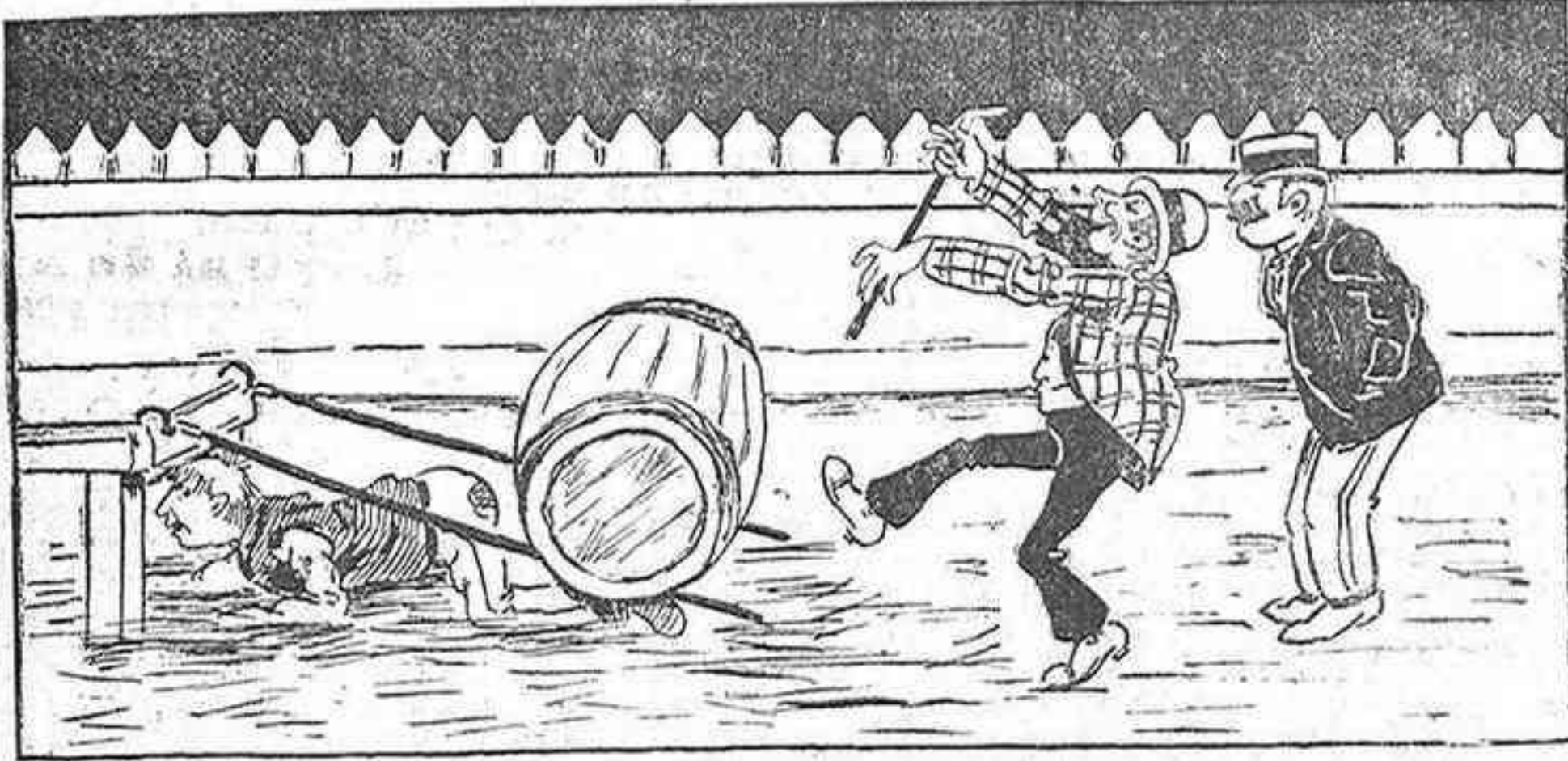
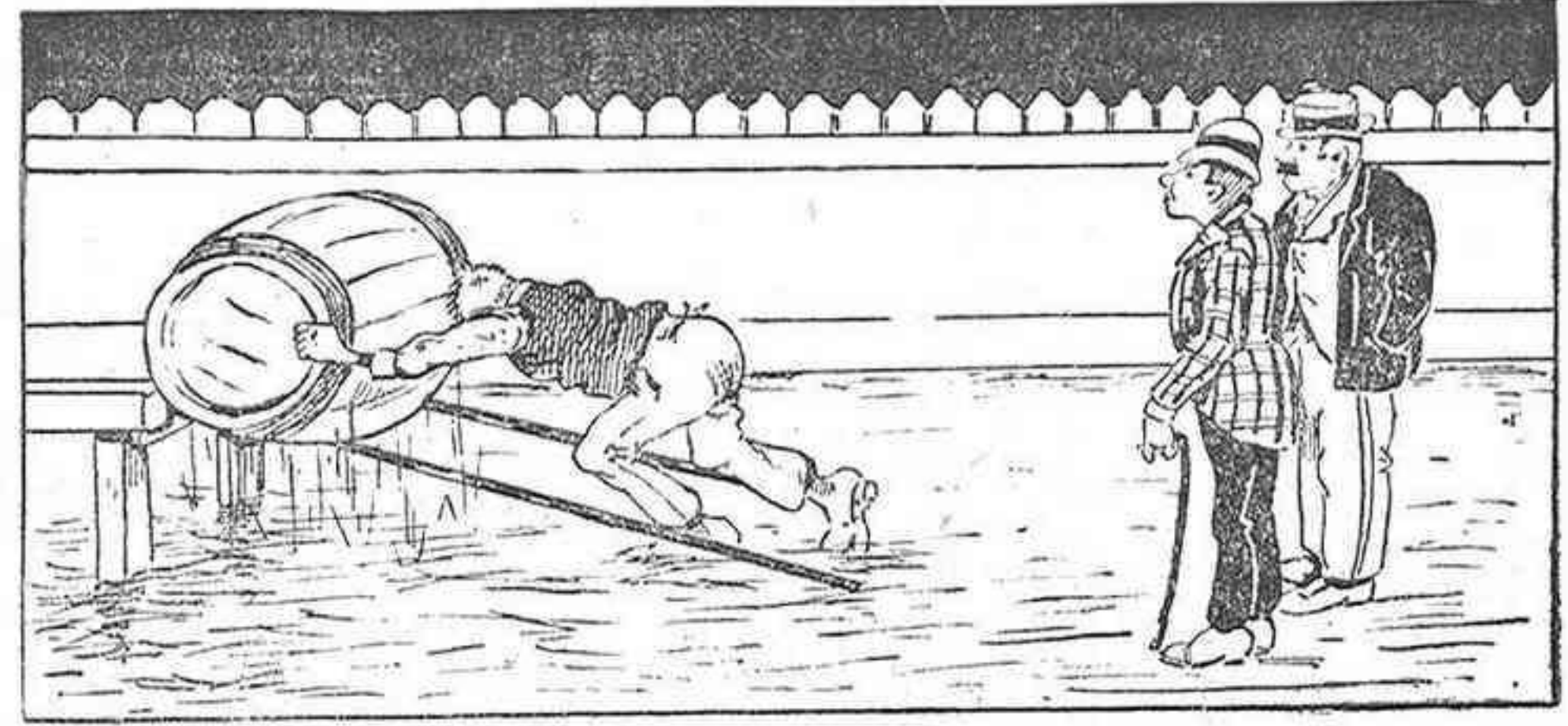
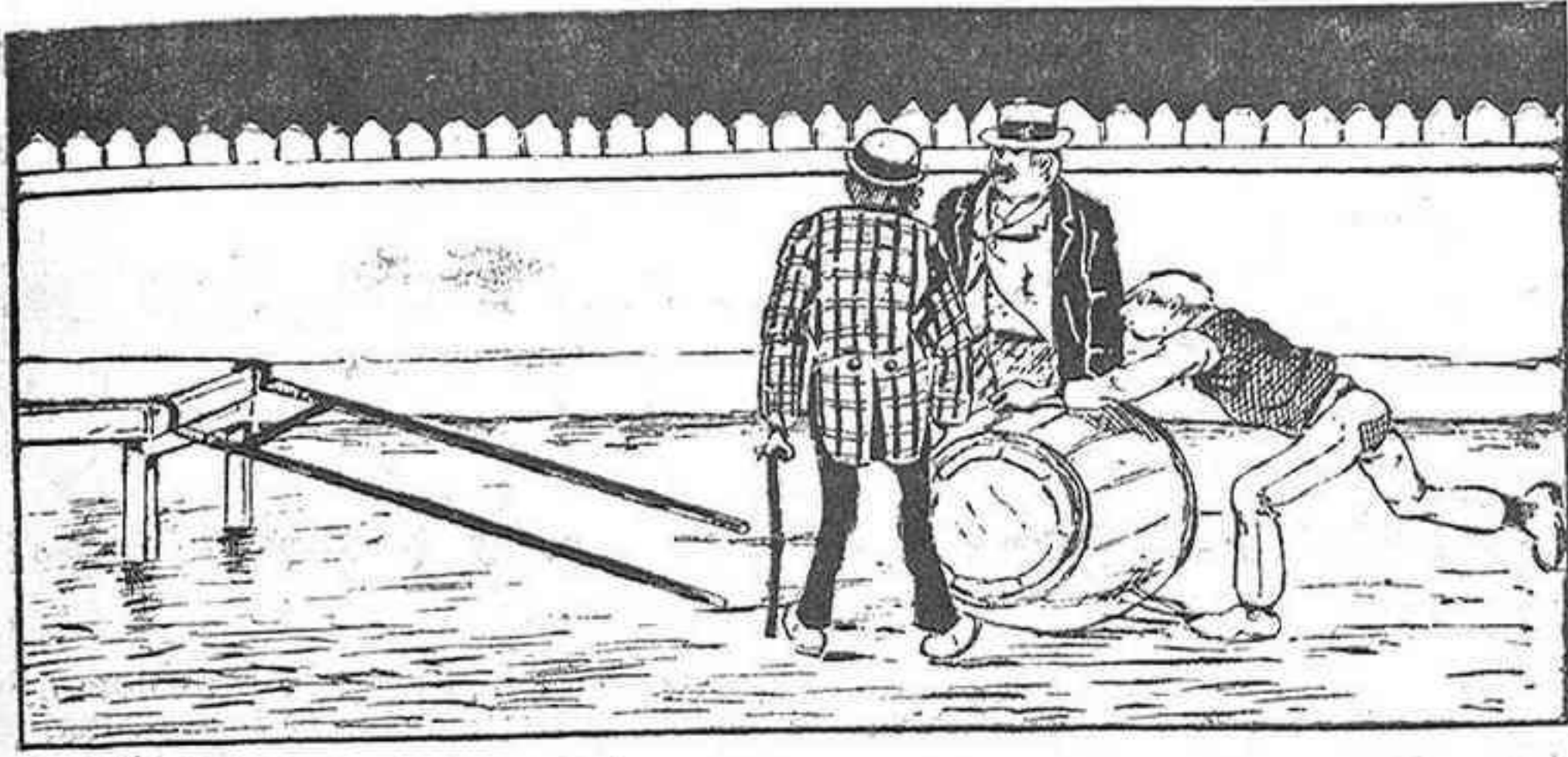
Un gran libro

BEN-HUR

La cultura sajona, impregnada de la dulce y encantadora poesía oriental, ha producido un gran libro: *Ben-Hur*.

Lewis Wallace el genial soñador norteamericano, resulta en su obra un extraño fenómeno de aquella raza práctica que posee la soberana cultura industrial del tanto por ciento. Es Wallace un viajero incansable del Oriente que, poseyendo el mágico secreto de

NOTA CÓMICA



las artes retrospectivas, ha elevado un canto al cristianismo, acaso más humano que el de Chateaubriand en su hermoso *Genio del Cristianismo*.

En *Ben-Hur* se pone de relieve el odio que envenenaba los corazones hebreos alimentados por la religión de la venganza, y se estudian las luchas políticas que precedieron a la Redención.

Con soberano ingenio, Lewis Wallace nos presenta el clásico portal de Belén bajo un aspecto histórico irrefutable que rectifica la tradición; nos describe la majestuosa reunión de los Magos en el Desierto para adorar al Gran Niño, á pesar de las amenazas de Herodes; nos hace asistir á aquellos sangrientos combates navales de la antigüedad, donde los trirremes entraban al abordaje, y mientras los mercenarios de Roma se destrozaban sobre cubierta, los esclavos remeros se hundían en el abismo atados á los bancos, oyendo el fiero júbilo de sus compatriotas. Nos entusiasma también con las clásicas carreras del Circo y las fastuosas saturnales de Antioquía.

En este libro se dan curiosísimas noticias de las supersticiones del pueblo romano y hebreo, y se estudia el contraste de las luchas políticas entre el ideal israelita y la sensualidad romana.

Pero no sólo se nos muestra Wallace como evocador de ruinas y trovador de las grandezas caídas; es también el artista apasionado que nos presenta esas ideales mujeres de Oriente, de piel finísima, cuya transparencia hace observar el rojo de la sangre que bulle á través de ella con la viveza de una llama, y que recuerda á Victor Hugo cuando consideraba la cantidad de forma femenina que puede tener un ángel.

En suma: *Ben-Hur* es un libro de grandes y levantados ideales; una obra que sabe mucho y enseña más, en la cual se observan crueles transiciones rápidas y terribles, pero humanas.

La casa editorial Maucci, de Barcelona, comprendiendo las nuevas orientaciones del espíritu moderno, ha hecho un verdadero servicio á la cultura española con publicación tan extraordinaria. Baste decir que en el extranjero se han vendido en poco tiempo 400 ediciones.

Ben-Hur es de aquellos libros que se guardan siempre.

Sólo nos resta añadir que la obra forma dos gruesos y elegantes tomos, á peseta cada uno.

Dos amores

I

¿Que cómo empezaron los amores de *Chimo* y *Senteta*?

El mismo me lo refirió varias veces en los momentos de descanso, en los que sólo sabía hablar de ella; yo le escuchaba con gusto; su monótona relación no me cansaba, y eso que

á fuerza de oirla la sabía casi de memoria; pero la daba tal expresión, hablaba con tanto entusiasmo, sus ojos se animaban de tal manera, adquiría su voz un tono tan dulce, que yo le oía embelesado como los niños oyen los cuentos de hadas que les refieren sus abuelas. Bien lo comprendía él así, y por lo mismo á mí sólo me buscaba para referir una y cien veces sus amores con *Senteta*.

Y en efecto, aunque parezca paradoja, eran novios desde antes de nacer, porque *Ne'o* y *Quico* (padre aquél de *Senteta* y éste de *Chimo*), que eran íntimos amigos desde la infancia, al hablar de sus proyectos matrimoniales acordaron que el hijo de uno se casaría con la hija del otro, dado caso de que se realizaran los deseos de *Nelo* de ser padre de una niña y los de *Quico* de serlo de un varón.

Se casaron, y ambos vieron logradas sus esperanzas, y aun con creces las de *Quico*, porque *Chimo* tenía un hermano, al que pusieron el nombre de su padrino, el padre de *Senteta*.

—Cuando nos casemos—me decía *Chimo*—nuestros cuerpos no se sorprenderán de verse juntos en el mismo lecho, porque ¡cuántas veces hemos dormido *Senteta* y yo en la misma cuna! Y ¿cómo no hemos de amarnos siempre, si además de novios somos hermanos? Los dos hemos tenido las mismas madres, pues indistintamente nos daban sus pechos la de *Senteta* y la mía.

Nuestras familias han sido una sola, y los deseos de nuestros padres hallaron eco en nuestros corazones, y pronto, dentro de un año, nos casaremos; pero ¡ay! sólo mi madre, que Dios nos conserve, verá completamente realizados sus sueños, porque, como sabes, los padres de *Senteta* y mi padre murieron en el cólera del 65.

Desde esta época, según me refería *Chimo*, *Senteta* vivía ya en la casa del que había de ser su esposo; entonces aún eran novios de *mentirijillas*; ella apenas contaba diez años, y él iba á cumplir doce. ¿Dónde podía estar la pobre huérfana mejor que en casa de su segunda madre, con sus hermanos?

Chimo me contaba los juegos de su niñez, cuando cogía nidos para su *novita*, sus expediciones desde la huerta de Alboraya, donde

tenían sus barracas, hasta Valencia, la ciudad de las flores y de las fiestas. El llanto y el dolor de su madre, cuando en quince días desaparecieron su esposo y el matrimonio amigo. La santa resignación de la buena viuda, casi sin recursos, y madre, no solamente de sus dos hijos, sino de la pobre huérfana, y que, gracias á la bondad de sus buenos amos y sobre todo á su habilidad como florista, pudo ir tirando como Dios la dió á entender, y consiguió sacar adelante á sus niños; pasó el tiempo, y *Senteta* y *Chimo* empezaron á comprender lo que era ser novios, y la expansión, la libertad y la franqueza de los niños tornóse en cierta reserva y retraimiento no exentos de encantos.

Roseta (la madre de *Chimo*) lloraba cada vez más á su marido y á sus amigos, pero secanaban sus lágrimas los besos y las caricias de sus hijos, y sobre todo las zalamerías de *Senteta*, que demostraba así su gratitud por los los favores recibidos.

(Se continuará.)

M. MARZAL Y MESTRE.

Notas bibliográficas

Don Alfonso Danvila acaba de publicar una preciosa novela titulada *La conquista de la elegancia*. En el próximo número publicaremos un capítulo de ella y haremos el estudio de tan hermosa producción.

Dentífricos Antisépticos de Botot Superioriores Exigir la Marca BOTOT. 17, rue de la Paix, París. EN VENTA EN TODAS PARTES

Pasta Dentífrica de Botot SUPERIORIDAD RECONOCIDA 17, rue de la Paix, París. EXIGIR LA MARCA BOTOT.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL DR. FRANCK



Aperitivos, Estomacales, Purgantes, Depurativos. Contra la Falta de Apetito, el Estreñimiento, la Jaqueca, los Vahidos, Congestiones, etc. Dosis ordinaria: 1 á 3 granos. Noticia en cada caja. Exigir los Verdaderos en CAJAS AZULES con rótulo de 4 colores y el Sello azul de la Unión de los FABRICANTES. París, Farmacia Leroy y principales P^{as}

Sala de Armas de Pedro Carbonell

Profesor de S. M. el Rey, de Esgrima del Colegio de Sargentos para Oficiales de la Guardia Civil y del Centro del Ejército y de la Armada.

Horas de clase de 8 de la mañana á 8 de la noche.

Príncipe, 16, primero.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

Línea de Filipinas.

Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados, ó sean: 5 Enero, 2 Febrero, 2 Marzo, 30 de Marzo, 27 Abril, 25 Mayo, 22 Junio, 20 Julio, 17 Agosto, 14 Septiembre, 12 Octubre, 9 Noviembre y 7 Diciembre; directamente para Port Said Suez, Adén, Colombo, Penang, Singapoore, Ilo-Ilo y Manila, sirviendo por trasbordo los puertos de la costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Cuba y Méjico.

Servicio del Norte: Servicio mensual á Veracruz, saliendo de Santander el 19 y de Coruña el 20 de cada mes, directamente para Habana y Veracruz. Admite pasaje y carga para Costafirme y Pacífico, con trasbordo en Habana al vapor de la línea de Venezuela Colombia.

Servicio del Mediterráneo: Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 25 y de Cádiz el 30 de cada mes directamente para New-York Habana, Progreso y Veracruz.

Línea de Venezuela-Colombia.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 11 y de Cádiz el 15 de cada mes, directamente para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanilla, Puerto Cabello y la Guayra, admitiendo pasaje y carga para Veracruz con trasbordo en Habana. Combina por el ferrocarril de Panamá con las compañías de navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos.

Línea de Buenos Aires.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 3 y de Cádiz el 7 de cada mes, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires. Admite pasaje y carga para Río Janeiro y Santos, con trasbordo en Cádiz al vapor de la línea del Brasil.

Línea del Brasil.

Servicio mensual, saliendo de Liverpool el 24 de cada mes. Hace las escalas de Havre, Pasajes, Bilbao Coruña, Villagarcía, Vigo, Oporto, Lisboa, saliendo el 8 de Cádiz, directamente para Las Palmas, Río Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires, admitiendo carga y pasaje para Punta Arenas, Coronel y Valparaíso, con trasbordo en Montevideo, y pasaje para Montevideo y Buenos Aires con facultad de trasbordar en Cádiz al vapor que hace el servicio directo á dichas Repúblicas.

Línea de Canarias.

Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 17 y de Cádiz el 22 de cada mes, directamente para Casablanca, Mazagán, Las Palmas y Santa Cruz de Tenerife, regresando á Marsella por Cádiz, Alicante, Valencia y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Servicio bimensual, saliendo de Barcelona el 25 y de Cádiz el 30 de Enero de 1901, y así sucesivamente cada dos meses para Fernando Póo, con escala en Casablanca, Mazagán y otros puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

Línea de Tánger.

Salidas de Cádiz: Lunes, Miércoles y Viernes.
Salidas de Tánger: Martes, Jueves y Sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo. La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Aviso importante.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores ó industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen. Esta compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Chocolates, Cafés, Tés, Dulces

VIUDA DE CUNILL

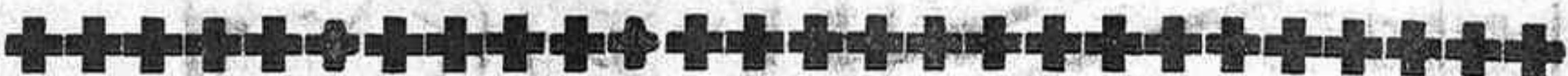
Paseo de Arenal, 38.—MADRID



VELUTINA FLORA, SIN BISMUTO

Es un polvo impalpable é invisible para el ojo más perspicaz, que blanquea y suaviza el cutis como el que más. Está preparado por la casa de *Dorin*, París, para la *Perfumeria Frera*, y como todos los artículos preparados por dicha casa, están aprobados por la *Academia de Medicina* de París.

DEPÓSITO: PERFUMERIA FRERA, CARMEN, 1



CALLIFLORE FLOR de BELLEZA Polvos adherentes é invisibles.

Por el nuevo modo de emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Además de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro. **En la Perfumeria Central de Agnel, 16, Avenue de l'Opéra, París** fi en las seis *Perfumerías sucursales* que posee en París, así como en todas las buenas *Perfumerías*.

LA ESPAÑA MILITAR. GRAN SASTRERÍA de Antonio Mateos, maestro sastre del Real Cuerpo de Alabarderos y escuadrón de Escolta Real, Vergara, 3, principal, frente al Teatro Real.

CRÉDIT LYONNAIS.—FUNDADO en 1863. Capital, 200 millones de francos, Puerta del Sol, 10.—Cuentas corrientes. Compra y venta de monedas y billetes de Banco, giros y órdenes telegráficas de pago y cartas de crédito sobre todos los países del globo.—Cuentas de depósito.

DINERO SOBRE ALHAJAS Y EFECTOS que convengan. Alta tasación. Intereses moderados.—Ventura de la Vega, 11, principal.



Se obtiene un HERMOSO PECHO

por medio de las **Pilulas Orientales** que en 2 meses desarrollan y endurecen á los senos, hacen desaparecer las salidas huesosas de los hombros y dan al busto una graciosa lozanía. Aprobadas por las eminencias médicas, son benéficas para la salud y convienen á los más delicados temperamentos. Tratamiento fácil. Resultado duradero. Para recibir direct. un frasco con noticia, envíense 7,50 pesetas en libranzas ó sellos, á **CEBRAN y Ca**, Puerta Ferrisa, 18, Barcelona. Prop. **J. RATIE**, Ph^{ca}, 5, Pass. Verdeau, París.

LA CASA EDITORIAL DEL SEÑOR Núñez Samper publica la importante obra religiosa titulada *El cristianismo y sus héroes*, bajo la dirección del Excmo. é Ilmo. Señor Obispo de Sión.

Va ilustrada con preciosas láminas en fototipia y fotograbado. Está terminado el tomo primero.

EMULSION NADAL Única con 20 por 100 aceite hígado de bacalao y los glicerofosfatos ó hipofosfatos. De venta en las farmacias.

LA FAVORITA

Agua higiénica para teñir el **CABELLO** y la **BARBA**, la mejor y más barata, sin nitrato de plata ni substancia nociva, según comprueba su análisis. Destinamos 1.000 pesetas al que demuestre que en nuestro preparado existe dicho metal. Evita las enfermedades del cuero cabelludo, contribuyendo á su crecimiento; no mancha la piel ni la ropa. Usase con la mano ó esponjita. Precio del frasco, 3,50 pesetas. Por mayor, en casa del autor **M. Macián**, Caballero de Gracia, 30 y 32, entre-suelo, Madrid. De venta en las principales perfumerías y peluquerías.—Exportación á provincias.

La Ilustración Nacional

MILICIA, ARTES, INDUSTRIA, MODAS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

PENINSULA

Trimestre.	4,50 pesetas.
Semestre.	9 —
Un año.	18 —

EXTRANJERO

Semestre.	12 —
Un año.	24 —

Anuncios y reclamos precios convencionales.